

INDÓMITA AGRADECIDA

María Leonora Rodríguez García

Confusa e insegura

Mi punto de partida es, más bien, NO debería ser, a partir los miedos e inseguridades que me mantienen cautiva en sus garras, desde que era una niña.

Actualmente estoy en una etapa de mi vida en la que apenas me estoy permitiendo disfrutar. En el aspecto laboral, por fin logré hacer lo que más me gusta, tengo mucho trabajo. Está dividido en dos espacios, el remunerado, por cierto muy bien pagado; pero que no lo realizo a diario, ni siquiera con mucha frecuencia. Soy aplicador externo de exámenes por parte de Ceneval. Lo espinoso de esta bendición, es que tengo que estar en buenos términos con Lolita, es decir; el SAT. Esta cuestión me ha resultado complicada. Tengo el apoyo de una contadora, solo que debido a su complicada vida y agenda, la veo muy poco, confío en ella plenamente, sin embargo si es un tema que me preocupa y por consiguiente me quita el sueño.

Reconozco que me es engorroso estar persiguiendo facturas en todos lados y casi para todo lo que compro. De las cosas que más me gustan de esta misión, es que viajo constantemente y cuando me da tiempo puedo conocer lugares hermosos de mi país. En ocasiones me ha tocado trabajar en sitios que ya he visitado, pero siempre es hermoso regresar en otras circunstancias y tener nuevas y únicas experiencias. También me agrada que me permita conocer mucha gente ya que yo soy un ente altamente social. Por parte de este trabajo salgo fuera de la ciudad de México por lo menos dos veces al mes, en temporada alta, en muchas ocasiones la comisión es aquí en la capital. El trabajo es el mismo, contiene el mismo grado de complejidad, riesgo y responsabilidad. Pero los viáticos no son tan buenos como en una misión foránea.

Pareciera que no, pero este trabajo demanda mucho de mi tiempo, porque hay que hacer muchas cosas: antes, durante y después de cada aplicación. Esta nueva etapa de mi vida la amo y la disfruto al máximo, apenas tengo diez meses en este empleo tan importante para el sector educativo en México. Sin embargo debo

estar muy lista porque, me siento como en casa del jabonero y si cometo algún error, me dan las gracias, sin mayor beneficio porque soy agente externo. La otra ocupación, es en la Fundación López de la Rosa, es de voluntariado y tampoco acudo a menudo. Estoy en la fundación desde hace dos años. Al principio, Conaculta nos proporcionaba los recursos para que impartiéramos los talleres de: violín, guitarra, canto, batería, teatro, pintura, batik y los míos. Al público se los damos de manera gratuita y también les proporcionamos el material sin costo.

En febrero de este año que terminó el periodo y los recursos, ya no nos dieron más, hasta nos dejaron afuera de la jugada, sin embargo seguimos en pie de lucha. Este trabajo lo disfruto al máximo siempre que lo realizo. Mi participación con la fundación consiste en dar talleres de violencia de género a mujeres y el otro es de autoestima para hombres que estuvieron en reclusión y ahora se encuentran en situación de libertad condicional. Estos hombres asisten forzados a tomar diversos talleres. El mío es el primer jueves de cada mes en el Instituto de Reinserción Social. No gano un peso, pero la enseñanza que estos talleres aportan a mi vida, es invaluable. Además estas actividades laborales me permiten atender cuestiones personales, familiares, sociales, del hogar, ir al cine que es mi mayor pasión, al teatro y sobre todo a exposiciones en distintos museos. No siempre, pero cuando la vida me lo permite, asisto al evento mensual de noche de museos llevado a cabo el último miércoles de mes en la mayoría de los museos de la ciudad de México.

Mi situación económica está muy fracturada, desde hace aproximadamente cuatro años y no me he podido levantar, por lo que cuando voy a estos eventos culturales, tengo que andar buscando que la mayoría sean de manera gratuita. A veces si me sobra un dinerito y pago por algunos.

El cine es mi amante, lo tengo incrustado en el cuerpo, el alma, el corazón, la mente, en mí ser entero, desde que tenía cuatro años en que lo conocí y lo secuestré para no dejar ir nunca de mi vida. Es mi mayor pasión y desahogo, siempre que me arrojo a sus brazos me siento acogida, protegida, mimada, amada; es por eso que en la medida de lo posible, busco ir por lo menos una vez por semana y elijo muy bien el film, ya que si representa mi lugar de paz, no me gusta sufrir mirando películas violentas, de carnicería innecesaria o de terror que me mantengan

en un estado de pánico tremendo, alterando mis nervios más de lo que ya lo están en su estado habitual. (soy extremadamente nerviosa desde que tengo uso de razón, mi padre era igual, esta es otra de sus herencias). Confieso que me agradan mucho los dramas, y las películas de misterio y suspenso. Me gusta soltar lágrimas sin pudor en el cine porque, a eso voy. Mis películas favoritas son las infantiles, cómicas o románticas sin rayar en la cursilería. Por lo general voy a la cineteca porque me agrada más el cine de arte que el comercial y martes y miércoles la entrada es más económica.

Cuando dispongo de tiempo y recursos voy hasta tres veces en una semana, si pudiera ir todos los días o vivir en un cinematógrafo, sería excesivamente feliz. Cabe mencionar que he tenido periodos en que dejo de ir al cine hasta por tres meses y es como si me ahogara. Siento como si alguien me robara el oxígeno para vivir y respirar y me siento totalmente confusa, incompleta y frustrada.

Hace un año empecé a estudiar francés, me gusta mucho la sonoridad del idioma. Estoy en un porcentaje del cuarenta y tres por ciento, nada mal según yo. Este proyecto es una de mis prioridades; si pasa un día sin estudiar me siento muy mal. Estoy a punto de cumplir 53 años y creo, que lo que no alcance a hacer ahora que puedo, que tengo buena salud, que mis cinco sentidos están en buenas condiciones, mi cuerpo completo y mi cerebro lúcido aún, no lo podré hacer más adelante cuando el franco deterioro me alcance. Así que no puedo permitirme desperdiciar: tiempo, oportunidades ni medios para realizar mis metas a corto y mediano plazo. Hace un mes comencé a practicar Zumba al aire libre. Voy de lunes a viernes de nueve a diez de la mañana, cuando el trabajo no me lo impide. La clase cuesta diez pesos y afortunadamente siempre los he tenido para asistir, además de que el módulo donde la imparten está a cinco calles de mi casa, así que no hay pretexto. Me encanta asistir, no me da pena que me vean hacer desfiguros en la vía pública. Confieso que el baile nunca ha sido una de mis virtudes. Es más no tengo idea de que es el ritmo ni con que se come. Mi cuerpo se mueve como se le antoja, porque su naturaleza es indómita igual que yo. Nunca me ha gustado bailar porque el simple contacto somático con otra persona me provoca fastidio e incomodidad.

De niña y adolescente practiqué natación, después trabajaba y estudiaba y se complicaron las cosas, más adelante tuve la genial idea de casarme y muchos sucesos resultaron mal, empezando por el matrimonio en el que actualmente estoy sumergida y es un lugar en el que no estoy ni me siento bien. Bueno, esta es otra historia, y no dejaré de reconocer las muchas bendiciones que me ha otorgado empezando por tener una hija única que actualmente tiene veinticuatro años. Fueron razones de peso para que me alejara del ejercicio físico durante más de veinticinco años en que no lo podía ni ver. Ahora mi cuerpo se siente raro cuando no tiene su dosis diaria de este. Me siento mejor en muchos aspectos.

Mis estudios universitarios en ciencias políticas y administración pública se quedaron trancos por varias razones. Sin embargo ya habían pasado muchos años cuando descubrí que lo que realmente me gusta en la vida es escribir; así que hice mis trámites para presentar examen de admisión en la UNAM para el SUA en letras hispanas y, según ellos no me quedé, porque de ciento veinte aciertos, solo obtuve treinta reactivos buenos. Yo no lo creo porque estudié y me preparé muy bien, con muchas ganas. Reconozco que la única materia que no me gusta, es más la detesto y no me importa dominar, salvo para cuestiones financieras, es la de matemáticas. Para desgracia mía es a la que más importancia le dan, y la que cuenta con más reactivos y yo me pregunto; una y otra vez -¿Para qué chingados quiero las matemáticas, si a mí me gustan las letras?. Qué alguien me explique ¿Cómo voy a insertar esta ciencia exacta en la literatura, si yo soy un ser humano inexacto?. Así que por ese lado, no objeto nada ni creo haber tenido aciertos buenos en esta área del examen, pero en todo lo demás, estudié súper bien. Creo que es una tranzota de la UNAM, porque la hija de mi esposo lo presentó el mismo día que yo, en el mismo salón, para otra carrera y tampoco lo aprobó, según ellos también obtuvo treinta aciertos, NO LO CREO, porque ella, siempre ha sido una ñoña, muy estudiosa y dedicada. Alumna de diplomas y los mejores promedios. Por eso ya no quise volver a presentarlo porque me decepcioné de la máxima casa de estudios de mi país. Creo que la vida no me quiere dar esta oportunidad, o no es para mí y yo no lo entiendo, ni entenderé hasta lograrlo. Llevo dos años seguidos de hacer mi

registro en la UACM para creación literaria y tampoco ha salido aceptado mi folio, será acaso que las letras no son para mí.

Mi necesidad de escribir surgió desde que ingresé a la secundaria, y me tocó una maestra de español que si me supo enseñar, ya que en la primaria, fue nefasto el desempeño de mis profesores y lo único que lograron es que me sintiera incapaz de conjugar un verbo, y entender las reglas ortográficas. Cuando llegue a la secundaria y gracias a la maestra Alma América, me reconcilié con la materia, le encontré el gusto y cuando nos pedía leer, fui de las pocas alumnas del salón que no tenía problemas en disfrutar todas las lecturas que nos dejaba, ya que gracias a mis padres, soy una adicta a la lectura desde los cinco años.

Para la materia de español en la secundaria, llevaba los libros de Idolina Moguel y los amé porque eran de texto y ejercicios al mismo tiempo. Cuando empezamos a estudiar la cultura griega, yo sentí que me adentraba a un mundo espectacular y grandioso, me sentí como en casa. Al grado de creer que si hubiera vida después de la vida, con seguridad fui griega. Estudié el idioma en el CELE durante cinco semestres y muchos años de mi vida conviví con la comunidad griega que habita en la ciudad de México. A los trece años, rebauticé a todos mis muñecos de peluche y de otro tipo con nombres griegos.

Uno de mis sueños, si no es que, el más fuerte, es el de conocer este bello país. Sobre todo la isla de Santorini, que es la que con mayor frecuencia nos muestran en películas. Ya una vez reconciliada con el idioma español, y consiente que las letras me caían mejor que los números, me di cuenta que tenía la necesidad imperiosa de escribir, porque reconozco que soy malísima para crear obras literarias, a me gusta escribir sobre mí, lo que me pasa, lo que siento, lo que creo y espero de la vida. Todos mis textos son biográficos pero no son confesiones como dijo un autor que no recuerdo de momento el nombre. La verdadera y gran necesidad de escribir surgió a los catorce años, cuando ya tenía uso de razón y me di cuenta que no me gustaba lo que acontecía en mi entorno familiar. Mi madre y nosotros vivíamos aterrados y dominados ante la violencia intrafamiliar que mi padre ejercía, en mayor grado hacia mi mamá. Con los años esto se fue agudizando ya que él se dejó envolver y seducir por la garras del alcoholismo, con lo que consiguió

que nuestro ambiente familiar fuera más retorcido. Yo era una niña retraída, miedosa e insegura, incapaz de defender a mi mamá, siempre fui reservada, sin embargo sentía la necesidad de que el mundo se enterara de lo que nos estaba pasando y que eliminaran al monstruo de nuestras vidas.

A medida que crecía, me convertía en una muchacha callada, insegura y asustadiza y todo me lo guardada, para colmo o bendición me tocó en turno ser la primogénita de siete hermanos. A los 15 años comencé a llevar un diario escondidas y en el volcaba todas mis emociones, traumas y vivencias. Solo cuando estaba con él me sentía segura y un poco más calmada. Pero nunca tranquila. Los que realmente conocíamos a mi padre sabíamos que el señor era un ente similar al Dr. Jekyll y Mr. Hyde porque con nosotros era como un monstruo y con la gente externa y su propia familia, era un hombre encantador. Falleció hace nueve años, nunca hubo un acercamiento entre nosotros, nunca nos pidió perdón ni yo se lo pedí a él. Fue un excelente proveedor, responsable y trabajador. Amante de las bellas artes, la buena música y la lectura y eso fue lo único bueno que me heredó. Era escritor por hobby, no como medio de vida, (aquí entre nos, era sobrino de uno de los mejores escritores que ha dado este país, pero yo nunca lo menciono, ni me atreveré a revelar su nombre, ya que no debo alardear del triunfo de otros y además si deseo escribir, de inmediato me compararían con él y me sentiría más frustrada, sin embargo mi padre si se llenaba la boca diciendo que era sobrino de este grande de la literatura).

Mucho tiempo responsabilicé a mi papá y aún lo hago aunque cada día en menor grado, por las malas decisiones que tomé y de las nefastas relaciones que he tenido con los hombres. Solo han sido tres pero con los tres la he cagado feo. Me gustaría tomar terapia o algo que me ayude a reconciliarme con él, aunque ya no esté. Esto lo quiero hacer por mi propio bien, porque ahora busco estar bien conmigo y no quiero cargar con cosas nefastas que perjudiquen mi parte espiritual. Me ha costado mucho y ha sido a base de fregadazos pero me he ido empoderando, poco a poco aunque algunas veces todavía me he cachado permitiendo actos de violencia a mí persona. Claro que cada vez menos. Me volví, rebelde, desconfiada, insegura, esta última parte la he estado trabajando pero aún me falta mucho.

Con orgullo me declaro agnóstica, aunque eso me costó que mi familia hasta la fecha no me mire con buenos ojos, me aplicaran la ley del hielo y algunos siguen muy enojados conmigo. En el aspecto religioso, soy la pariente incómoda pero me vale madres, lo que piensen. No soy religiosa pero soy muy espiritual y trato de no perjudicar a nadie, por el contrario, si en mis manos está ayudo a cualquier ser humano. Aprendí, aunque un poco tarde a no juzgar y aceptar a las personas como son. Hasta hace poco, tenía cuatro mejores amigos, a quienes yo consideraba como a mi familia elegida, los hermanos que la vida me concedió. Me sentía muy bien con ellos, sin embargo los he ido perdiendo poco a poco, por distintas causas; quizá soy yo la que esta fallando, claro, no siempre, pero algo debo estar haciendo mal o algo estoy omitiendo como para estarme quedando sin mis hermanos del alma. Ahorita no me siento bien para hablar de ellos, es muy fuerte el dolor que siento, los extraño, aunque no a todos, tengo sentimientos encontrados. Al primero que perdí fue porque el espectro del sida lo arrancó de mi vida sin miramiento.

Mi situación financiera está peor que nunca, aunque soy optimista porque sigo aquí y gracias a la vida, ni un día me ha faltado que comer. He prescindido de muchas cosas pero también he aprendido mucho, a valorar, a agradecer y a dejar de sentirme princesa, ya que a mi naturaleza egocéntrica no le gustan muchas cosas por las que estoy pasando actualmente.

La idea y la práctica del desapego tanto a cosas materiales como de todo tipo, me ha gustado mucho y la llevo a cabo cada vez mejor. Estoy tomando cursos de creación literaria por mi cuenta, aunque no he avanzado mucho, estoy aprendiendo y eso me hace muy feliz, también me resta tiempo pero es una manera de obligarme a escribir, conocerme más a fondo y tratar de sanar mis heridas. Tengo el síndrome del nido vacío desde hace tres años y no niego que al principio me costó mucho aceptarlo y manejarlo de la mejor manera, apenas el año pasado comencé a aterrizar bien los beneficios de esta nueva bendición.

Me levanto dos veces por semana muy temprano para asistir a la lechería de Liconsa (cuando hay dinero) y obtener este beneficio, A veces regalo la leche porque ocho litros a la semana son muchos para dos personas que casi ni la consumen. Con frecuencia no tengo ganas de ver a nadie ni saber del mundo,

muchas veces he deseado que apaguen el swift de mi existencia, o como diría la genial Mafalda, paren el mundo me quiero bajar, quisiera tener alas y escapar de mi realidad, me siento frustrada, inútil, inservible.

Me siento huérfana de madre, a pesar de que aún la tengo con vida, pero este sentimiento de orfandad por parte de ella, lo he sentido siempre. Para mí no es una mamá realmente, es como si fuera una hermana, a veces mayor a veces menor. Yo no la siento como a mi madre y no la visito mucho, porque me desespera ver que no reacciona ante muchas cosas injustas que le pasan. Es una mamá gallina que quisiera tener a sus pollitos todo el tiempo dentro del gallinero y eso es lo primero que me hace correr porque a mí no me gusta estar encerrada. Vivo feliz si permanezco en la calle la mayoría del tiempo.

Amo viajar y me encantaría que por lo menos la vida me concediera conocer mi país completamente, aunque por otro lado me entristece todo lo que sucede día a día en mi amado México. Otro de mis más grandes sueños es viajar en El Chepe, porque el tren es el medio de transporte que más me gusta. Ya que hablo sobre el ferrocarril, quiero comentar que en los últimos años he estado haciendo cambios en mi vida, he trabajado poco a poco pero con avances, en la cuestión espiritual; considero que aún soy muy terrenal para muchas cosas, como alimentación, vestimenta, mi adicción al café y otros aspectos en general.

No he logrado alcanzar la meditación pero si controlo más mi cuerpo y mis emociones. Soy muy impaciente y eso me molesta y desespera mucho. He bajado de mi tren de vida a pasajeros indeseables o que no me aportaban nada bueno. He subido a pocos últimamente, que se lo han ganado a pulso, mi familia sigue intacta aunque algunos están nominados, pero me conozco bien y sé que no podría sacarlos de mi vida. En estos últimos tres años he perdido amores muy fuertes, sin embargo, sean las causas que sean, no los persigo ni busco más. Primero quiero encontrarme y rescatarme de los residuos de mi misma, lograr amarme y aceptarme sin contemplaciones para después elegir y disfrutar plenamente mis relaciones humanas con seres excepcionales.

Indómita Inconforme

Mi nombre de pila y real, es María Leonora, NO ME GUSTA, se escucha horripilante, no combina, me suena agresivo. Soy la primogénita de siete hermanos. Mi padre en vida se llamó Mariano y cuando yo nací me querían llamar Mariana; la verdad no sé porque se arrepintieron, ¿a quién no le gustó? Mi papá era amante de la ópera y un día que asistió a ver la de Fidelio de Joseph F. Sonnleithner. Le sedujo el nombre de Leonora la protagonista. Hasta aquí vamos bien, no puedo acusarlo de mal gusto y el nombre, solo y bien pronunciado no suena mal. El María me lo impuso una hermana de él, que fue la que me llevó a registrar, comprendo que por su trabajo, él no pudiera hacerlo, sin embargo me duele, y mucho, que no confiaran, nulificaran y prohibieran a mi madre acudir al registro civil por considerar que una chamaca de tan solo dieciséis años, era inútil, inmadura e incapaz tramitar la identidad de su primogénita. Entonces mi papá mandó a su hermana, que ya era madre de, un huevón, bueno para nada y desdichado ser humano de poco más de veinte años.

Claro, mi querida tía, si era experta, capaz y se le podía confiar la simple y llana función de registrar un bebe. Ella llevaba la consigna de registrarme con el nombre de Leonora. Porque estoy casi segura que a mi mamá ni siquiera la dejaron elegir mi nombre. Llegando a la oficina del registro civil, a esta señora se le ocurrió agregar a mi identidad, como primer nombre el María, solo porque así se llamó en vida su madre, es decir mi abuela a la que ni siquiera conocí, porque falleció cuando mi padre tenía escasos cuatro años. Así que de solo imaginar la escena; en que una dulce e inocente niña de tres meses sale del registro civil con identidad moral conocida como "María Leonora", me da asco y repugnancia. Vislumbro la sonrisa de satisfacción de mi tía que, seguramente cuando entregó cuentas a su hermano, le dijo que me colocó el María por su mamá y logró que mi padre lo aceptara de buen modo; en virtud de que ella no era ninguna inútil, ignorante, inmadura e incapaz como su cuñada la madre de la criatura a la que le acababa de fastidiar la existencia de por vida.

El acierto o error que tuvieron mis padres, fue el de omitir el María, solo lo recordaban para las cuestiones oficiales, y el de acortar el de Leonora para

llamarme Nora. Esto me encanta desde niña, me gusta cómo se escucha Nora, me parece interesante, dulce, compasivo, hermoso. Así que crecí como animalillo salvaje siendo Nora entre una parvada de chiquillos llamados hermanitos. En la primaria padecí mucha violencia por parte de mis compañeros y una maestra. Nunca me gustó que desde el primer día de clases las maestras me llamaran Leonora y por lo consiguiente mis compañeritos. En casa era Nora y muy a pesar de las circunstancias eso era muy lindo. Toda la familia de ambos lados se acostumbró a llamarme así y me gusta hasta la fecha. Cuando pasé a cuarto año de primaria, la maestra que me enseñaba se llamaba Leonor, y si de por sí, sufrí mucho en la educación básica porque mis compañeros de ambos géneros me molestaban y algunos me pegaban; yo no me sabía defender y no me gustaba pegar. Esto comenzó en cuarto grado cuando el noviecillo que tuve desde primer año, al terminar tercero, se fastidió de mí y me abandonó. Cuando ingresé al cuarto año supe lo que era amar a Dios en tierra ajena. Estaba dolida por el abandono de German, eso me hacía sentir triste y abandonada, entonces me volví de cristal, frágil y altamente vulnerable.

En aquel momento el abuso hacia mi personita se incrementó. Les dije a mis papás y fueron a hablar con la maestra, señalé a los que hacían mi vida miserable. Había uno, el más alto y grande del salón que era el que más se ensañaba conmigo.

A partir de la primera entrevista de mis padres con la maestra, todo se tornó más negro y retorcido; porque ella y ese chamaco convirtieron mi estancia en un verdadero infierno. Fue un año muy difícil, ya que mis padres se la pasaron visitando a la profesora por mi situación y ella les volteaba y disfrazaba las cosas, protegiendo y solapando los abusos de mi compañero a los que se sumaban los de ella. Era su palabra contra la mía. Recuerdo que en mi salón había una vecina que vivía en el mismo edificio que nosotros, esa niña y yo no nos hablábamos bien; sin embargo ella le comentó mi realidad a su hermana mayor que estudiaba en la misma escuela pero en sexto grado, se llamaba Siri y recuerdo que habló conmigo, supo por su hermana lo que me estaba ocurriendo, les comentó a mis papás, sin embargo en los años setenta, pesaba más, para bien o para mal la autoridad y palabra de un docente.

A partir de esta amarga experiencia en mi niñez, no tolero ni soporto que la gente al decirles mi nombre, omitan la letra final y me llamen "Leonor". Siento como si me jalaran de los cabellos o vaciaran un balde de agua helada sobre mí. Inevitablemente al escuchar ese nombre, lo asocio a esa mala mujer y me evoca todas esas grises vivencias. Porque además de todo, tuvo la osadía de reprobarme de año, si bien nunca fui una ñoña matadita, tampoco podía darme el lujo de ser una burra, ya que mi papá parecía hijo de Hitler en el aspecto de educarnos, sin embargo esta mujer, la tomo contra mí y se desquito, bien y bonito.

Como reprobé, no me la acababa con mi papá que no dejaba de llamarme burra, inútil, floja y no recuerdo cuantos adjetivos descalificativos más. Además de que en esa época, un niño reprobado era sujeto de burlas por parte de sus compañeros y eso pesaba demasiado, a mí me marco de por vida y me desgració la existencia. Irónicamente cuando comencé a estudiar el cuarto año nuevamente, la maestra se llamaba Esperanza y era el lado opuesto a Leorror. La historia con Leonora, no termina ahí. No me gusta que me digan Leo y mucha gente lo hace, soy tan asustadiza que no me atrevo a pedirles que no me llamen así, quisiera que lo mencionaran completo: Leonora o Nora. Así que me aguanto. Algunas personas me rebautizan y aunque me cocha, esto no me causa tanto pesar como el que simplemente me digan Leonor, pero tengo que corregirlos cada que me denominan Eleonor o Eleonora. ¿por qué a todo el mundo le cuesta mucho aprender a decir LEONORA?.

El nombre no está feo y tengo algunas tocayas famosas como la Carrington, pintora y escritora. Con vergüenza confieso que nunca se me ocurrió preguntar o investigar el origen de mi nombre ni su significado, fue hasta que llegue a los talleres de Demac en donde me hicieron la pregunta y tuve que poner mi cara de what? Y asumir la indiferencia ante mi ignorancia. Fue hermoso el momento en que descubrí su origen y significado, me sentí muy bien, además me asombre mucho cuando leí las características que le acompañaban, porque la mayoría son ciertas, así es mi personalidad.

Mi nombre es de origen griego y significa: Fuerte pero compasiva y misericordiosa.

Dicen mis características que soy de naturaleza emotiva y sí, es cierto. También menciona que me gusta sentirme admirada y no sé si esto se le atribuyo a mi signo zodiacal ya que orgullosamente soy leo, ¿acaso existen más?, je, je, je, no es cierto pero me han dicho por ahí que soy leo y solo me faltó ser de nacionalidad argentina por lo sencillita que soy. Dicen también que soy adaptable, gentil, vivaz y amigable, exacto, como lo mencioné en el ejercicio anterior, soy un ente altamente sociable. Soy fácil de congeniar, tengo imaginación fecunda, je, je, je, creo que aquí si se equivoca el pronóstico, como también lo mencioné anteriormente, me cuesta mucho crear algo nuevo. Cuando voy a escribir, tengo que recurrir al recurso de la autobiografía para que empiece a fluir.

Es verdad es que me gusta todo lo artístico, que amo las cosas del amor, del honor y de la familia, aunque la mía actualmente esta jodidísima. Dice que podría destacar en profesiones como oradora o escritora, hablar no me cuesta tanto, pero la escritura aún se resiste, pero no moriré hasta lograr aunque sea una cuartilla que bien valga la pena.

Mi historia con María es completamente diferente, el nombre solo, no está mal, es de origen hebreo, significa la elegida y tiene mucha connotación con lo religioso, guacala! Al igual que con mi segundo nombre, tengo una relación cercana con algunas de sus características. Soy idealista, híper sensible, me considero amable con los demás. A veces necesito tiempo para reflexionar. Hago con mucha facilidad amistades. Nunca me he enamorado realmente, pero cuando quiero a alguien siempre dejo que el corazón se imponga a la razón. Para este nombre hay cualquier cantidad de mujeres famosas e importantes, solo mencionaré a dos: María de Médicis y María Callas, que son a quienes admiro realmente. Este popular nombre lo he mantenido oculto en la medida de lo posible. Desde que era niña me daba vergüenza que supieran que me llamaba María porque todo mundo lo asociaba a las mujeres que trabajan en las calles de esta gran ciudad de México, ataviadas con sus trajes típicos regionales, con sandalias, trenzas y rebozo y que a lo largo de la historia han sido víctimas de discriminación racial en gran medida. Cuando ingresé a la educación secundaria, me tocó en suerte o desgracia según como se quiera ver, que todas las niñas del grupo, sin excepción, llevábamos como

primer nombre el MARIA, seguido por: Guadalupe, Angélica, Soledad, Teresa, etcétera. Lo que provocó que uno de los maestros que lo notó, nos denominó “el salón de las Marías” y esto se dio a conocer a nivel escuela, por lo menos el primer año, fuimos conocidas de esta manera, y nuestros compañeros de grupo se burlaban de todas nosotras. El nombre de María se estigmatizó como discriminatorio y ofensivo para la mujer, si te dicen María es con la intención de hacerte sentir menos o una india y eso está muy mal. La gente lo ha utilizado a lo largo de la historia. Al menos en este país, para denigrar a la mujer.

De niña no tenía conciencia ni me daba mucha cuenta de que mi naturaleza era y es hasta hoy día, muy egocéntrica y no me podía dar el lujo de que supieran que tenía un primer nombre muy común para que no me molestaran con todo lo anteriormente mencionado. Cuando estaba estudiando la preparatoria, en el quinto año, llegó un nuevo compañero con el que mis dos amigas y yo nos identificamos plenamente y nos sentíamos como Dartañan y las tres mosqueteras. Era un chico muy lindo, caballeroso, humano y compartido. Cuando él se enteró de que me llamaba María, comenzó a llamarme así, y de inmediato identifiqué que no lo hacía con dolo, ni por hacerme sentir mal. Entonces me agradó y fue el primero que me llamó así, de sus labios me gustaba escucharlo. Cuando me casé mi esposo, tuvo el mal tino, de que cuando estaba ebrio, me llamaba a gritos por este nombre, él si lo hacía con toda la intención de hacerme sentir mal, de descalificarme, humillarme y en algunas ocasiones lo hizo delante de visitas para dejarme en mal. Fui tan pendeja que lo permití. Me recordaba a Roberto mi amigo y compañero de la prepa que su motivo para denominarme así era completamente antagónico al del hombre que decía amarme mucho. Por fortuna mi esposo fue dejando de adorar a Baco poco a poco y yo me fui empoderando y perdiéndole el miedo y ya no consiento que me falte al respeto de ningún modo.

El último amante que tuve, me llamaba por este nombre, me gustaba, aunque no me lo decía de viva voz, en sus mensajes o mails, siempre se dirigía a María, cuando me hablaba lo hacía como Nora porque así me conoció, a mí me encantaba que me llamara María y le insistía para que lo hiciera pero solo podía realizarlo indirectamente por mensajes de texto o whassap. Actualmente he tratado de lograr

que la gente nueva que me va conociendo, me digan María, pero soy la primera que a la hora de presentarme se me olvida decirles que me llamo así, antes soy mensa porque en lugar de decirles Nora, digo Leonora y la historia se repite. Es decir no logro sacudirme el fantasma de Leorror, alguien por ahí me dijo que debo trabajar esa cuestión para que no me siga afectando. Solamente en una aplicación que tuve, cuando decidí que ya sería María para toda la gente nueva que llegara a mi vida, lo tuve tan presente que pude hacerlo así, fue en una comisión laboral.

Fue la única vez que dije que me llamaba María y todos me decían Mary, este sueño duró dos días que fue los que estuvimos juntos. Al principio me sentía rara pero feliz. Después me fui acostumbrando y en cada nueva comisión, lo olvido y la tragedia con mi nombre vuelve a empezar. En este momento en que comparto la historia atrás de mi nombre, me asombra darme cuenta que detrás de un nombre tan común como lo es MARIA, yo tengo por lo menos seis historias diferentes que compartir. Y que este no me duele tanto como el otro, que es más largo, más bello pero que me evoca constantemente, una situación por desgracia cada vez más latente en nuestras escuelas y en los pequeños que cada vez están más abandonados por sus padres que viven pendientes de la tecnología, las redes sociales, la moda y todos los artículos que la sociedad comercial les impone.

Hey Mocha! Soy completamente tuya, has lo que quieras de mí.

No es la primera vez que me encuentro ante este ejercicio, sin embargo, sigue doliendo y cuesta mucho afrontar este encuentro conmigo misma, sobre todo cuando se está dotada de una personalidad tan egocéntrica como la mía. ¿Por dónde comenzar?, es la pregunta de los 64,000.

Hacer un recuento de medio siglo de vida representa un verdadero reto. Bendecida soy por el universo y al seguir respirando y disfrutando cada día de mis amores y de todas las bondades que la existencia me otorga.

Soy una gran guerrera, sobreviviente de la violencia y del sabotaje que yo misma me he recetado a lo largo de mi existencia, en aras de querer emerger de las profundas aguas negras en las que me he estado ahogando en repetidas

ocasiones a causa de mis malogradas decisiones. Dicen por ahí que cuando aprendes a vivir ya te tienes que ir, ¿será cierto?; muchas veces siento que ya aprendí muchas de las lecciones que debía, que ya pague y con réditos varias facturas pendientes, que después de más de tres décadas de existir, al fin entendí que lo principal en la vida es el **AMOR**, que es la fuerza que mueve todo y que el primer amor, es decir; el amor de mi vida, el más grande, fuerte y sincero soy yo misma y debo amarme muchísimo.

En virtud de que si me amo lo suficiente, puedo humildemente aspirar a dar amor a los demás. Me siento muy tranquila y relajada, tan contenta que creo que ya están la parca y mi destino en camino para llevarme. La idea me hace feliz; de pronto aterrizo bien los pies sobre la tierra, y me digo: - NO te mereces ese premio aún. Me gusta saber y sentir que ya no le temo a la muerte, al contrario, la aplaudo mucho. El día de muertos, según las costumbres de mi país, que me encantan, es la fecha que más amo y disfruto. Pero también celebro a la muerte en lo más recóndito de mi alma, porque es una transición necesaria y hermosa. Me he quitado apegos de muchos tipos, todavía me cuesta hacerlo en el aspecto emocional y en materia de mis amores.

Aún no supero la pérdida física de mi mejor amigo y cómplice de vida, todavía duele y mucho, incluso quisiera que estuviera conmigo en las buenas y en las malas. Extraño sus consejos, regaños, risas, pláticas, su presencia, su hermoso corazón que dejó de latir hace casi tres años.

Casi toda mi vida estuve peleada y enojada con mi progenitor. En los últimos años en que ya abandonó este plano terrenal, he trabajado el perdón con él, todavía no estoy al cien por ciento pero voy tan bien que ya no lo critico tanto ni veo solo lo negativo, ya empecé por reconocer y agradecerle todo lo bueno que me heredó, su buen gusto por el arte y la cultura, la lectura, me hizo cinéfila, y muchas otras bendiciones más que me proporcionó.

Aunque siempre descalificó y desalentó mis intenciones por dedicarme a escribir, eso no se lo juzgo ni condeno porque muy a pesar de él, de sus creencias machistas y de su trayectoria como escritor, estoy aprendiendo a hacerlo y ese hecho me hace muy feliz. Esta es una de las razones por las que aún no quisiera

bajarme del tren de la vida. Me di cuenta que no importa lo que tengas que contar, si no como lo cuentas y lo más importante es que te salga del corazón y esto permita que emerjan todas las emociones sin reparo pero con buen gusto.

A veces recuerdo que tengo varias relaciones humanas pendientes por sanar, me desespera no encontrar reciprocidad y me enerva no tener la tolerancia suficiente para esperar o trabajar sin la cooperación de la contraparte.

Resiliencia, una palabra que escuché por primera vez en mi vida hace aproximadamente seis años, ¿con qué se come? Pregunté, ante la primera explicación que fue muy técnica por cierto, mi cara de what? solo se intensificó, fue como si hubiese clamado porque me ampliaran la duda y literal eso hicieron. Así que aventé el concepto recién conocido al fondo del mar, me sacudí las manos y le di la espalda. Ah! pero no contaba con la astucia de la resiliencia que brotó con más fuerza y se presentó por si sola con ejemplos más lúdicos, se aferró a mi brazo cariñosamente, me hablo al oído y se quedó. Lo más extraordinario fue cuando noté que no había llegado, siempre había estado conmigo, era parte de mí, era yo misma, tantas y tantas veces sin saberlo.

Juntas habíamos pasado por muchas situaciones de las que salimos bien libradas. Oh! Todavía no me la creo, he sido resiliente en muchas ocasiones sin estar al tanto. La vida me acaba de hacer un regalo y tomé un taller de “Resiliencia es no violencia”. Qué feliz me hizo este hecho, ahora intentaré con los conocimientos recién adquiridos, planear mejor mis futuras estrategias y comprender más a los demás. Me sirvió para darme cuenta de muchas cosas en las que estaba equivocada y conocer otras tantas de las que no tenía idea.

Hoy día, la resiliencia es una de mis mejores amigas y la amooooooooo.

Desde que era yo muy pequeñita, he sido muy vulnerable, siempre me han dicho que tengo corazón de pollo, eso sí, reconozco que soy una cabrona pero . . . con buenos sentimientos.

Actualmente me siguen doliendo muchas cosas que me suceden, quisiera ser de roca para no sentir lo malo y solo quiero ser como soy y quien soy ante lo bueno. La vida es una dualidad y no está para cumplir caprichos. Me gusta haber tenido solo una hija, es verdad que me quedé con las ganas de tener un varón pero

ya no me aventuré a otro embarazo por temor a que volviera a ser niña y no apagara mi anhelante deseo por ser madre de un bebé con pene y conocer todas las dichas y despintadas que esta maravilla conlleva. Me hubiera gustado tener una infancia normal con mis cuatro abuelos, conocer ese cariño tan grande y hermoso pero la vida es sabia y es un misterio. Ahora hasta bisabuela postiza soy, je,je,je,je, es fabuloso y la beba es un primor.

Una de mis metas a corto plazo es lograr la unión con mis hermanos que se rompió hace muchos años, ya no tiene caso recordar gracias a quien o el por qué, solo es tiempo de rescatar lo rescatable. Aprendí tarde a no juzgar a nadie ni a nada, mis hermanitos no han conseguido aún entender el gran valor que tiene este hecho.

El tema del amor de pareja, aún me aterra porque siempre la he regado y voy como los cangrejos, ahí sí necesito valor, fuerza, coraje y una buena guía para sanar y librarme de muchos vicios, usos y costumbres que tengo en perjuicio de los valientes que se me acercan. Me di cuenta que no soy nada fea, no estoy tan mal, y fue excelente que no lo notara en mi adolescencia porque hubiera sido peor para los que se me atravesaran con intenciones idílicas.

Cuando me pongo melancólica llega a mi mente y corazón el recuerdo del amor de mi vida, el hombre que tomo una sabia decisión al retirarse de mi por su propio bien. Ahora quisiera verlo para pedirle perdón y agradecerle todo lo bueno y malo que juntos vivimos, él fue quien marco mi vida sentimental y sin lugar a dudas yo la de él. Sin embargo, no me lo quiero encontrar porque me da mucho miedo que me vea, pienso que puede hacerme algo, pues dicen por ahí que la venganza es dulce y hace algunos años me enteré que es santero; sí es un sacerdote de lo oscuro, con uno de los rangos más grandes que tiene esta congregación. Viaja constantemente a Cuba por obvias razones.

Cuando me enteré me dolió mucho, me dio miedo y me sentí tan mal que me creí responsable y culpable de su destino. Ja, ja, ja, pobre pendeja ilusa, creo que no merezco tanto crédito. Debo reconocer aunque cueste, que nuestra fallida relación eternamente estuviera destinada al fracaso y que cada uno forjo su camino, cómo, cuándo y dónde debía. Lo único que tenemos en común hasta la fecha, es un fracasado matrimonio del cual no nos atrevemos a desistir por razones muy

cómodas y por cobardes. Aunque él se divorciara y me invitara a huir juntos y lejos como ya lo propuso una vez, pienso que no lo haría porque el tema de su actual trabajo me paraliza de solo pensarlo.

Mientras él está económicamente encumbrado, yo estoy viviendo el otro lado de la moneda, lo extraño, lo amo, lo necesito pero creo poseer algo de lo que él quizá no está muy bien plantado; es decir, soy feliz a mi manera, hago lo que me gusta y lo más importante es que a pesar de mis problemas con mi familia de origen, vivo tranquila.

Espejito, espejito, creo que ya desnudé ante ti mi alma y corazón, los anteriores temas son las cosas que más me importan, preocupan, me hacen sentir dichosa o temerosa. Esto es lo que soy y lo que tengo, a veces quiero que apaguen el botón de mi existencia, sé que no he terminado mi misión o misiones y que tengo muchas cosas pendientes que pulir; no obstante, presumiblemente me siento lista para que la flaca me invite a bailar eternamente.

Entre búhos, música, escritos y libros mi alma se enaltece.

Si bien, es cierto que con el paso del tiempo, se van transformando nuestros intereses, pasiones, emociones, gustos, aficiones, colecciones, etcétera, lo único que no ha cambiado en mi esencia es lo sentimental, soñadora, ingenua y romántica que suelo ser. Es verdad que los objetos materiales que he guardado a lo largo de mi vida, han ido evolucionando a la par de mi existencia. Podría contar anécdotas desde la secundaria, ¿qué cosas guardaba?, ¿por qué? y ¿por quién?, Posteriormente cuando era una adulta chiquita y comenzaba a tener recuerdos de mis amores varoniles, platónicos o reales ¿de qué cosas me rodeaba?

Sin embargo, esos objetos, un día murieron junto con una parte de mí, quizá la amargura o el dolor de ese momento, pusieron en juego mis prioridades y terminé prescindiendo de estas esencias que durante mucho tiempo tuvieron vital importancia para mi alma. Es increíble darme cuenta que, el tiempo y la distancia borraron las memorias materiales pero no pudieron con las de mi corazón ni con los

amores que inspiraron y alimentaron esas emociones, que aún persisten en lo más profundo de mi alma.

No me gusta tenerle apego a lo material, no obstante, mis álbumes fotográficos son una huella directa de lo que ha pasado en mi vida, me recuerda a las personas más importantes y amadas por mí. De repente aparecen familiares que no me agradan, incluso algunos ya fallecidos. También está mi hermanito quien murió hace veintiún años, a quien amo muchísimo y extraño enormemente. En estos álbumes tengo registros desde mi época del jardín de niños, mi niñez al lado de mis hermanitos, el paso por los scouts, todos mis viajes desde que yo comencé a pagármelos, recuerdos laborales, de mi boda, la llegada de mi hija, los sacramentos de ella, todos los viajes que hemos realizado juntas, mis visitas al museo con mi mejor amigo. Viajes y más viajes con amigos. Tengo muy poca memoria fotográfica de relaciones fortuitas con los varones.

En fin, el ejercicio de mirar fotografías, es una actividad que amo, me transporta a otras épocas, me evoca vivencias inolvidables, caras, sitios, a veces hasta me lleva a un paseo gastronómico a lo largo de mi amado país. Me encanta ir al closet y sacar estos enormes libros. También disfruto mucho cambiar con frecuencia, las fotos que engalanan mis portarretratos en la sala y mi recámara. Siento que refresco el ambiente y me refresco a mí misma. Como mencionaba al principio, cuando adolescente guardaba objetos típicos de la edad, en esta ocasión no contaré de ellos, pues ya están destinados a ser contados en mi anecdotario de ese tiempo. Me gusta mirarme a través de las fotografías, porque invariablemente la nostalgia se hace presente cuando me descubro diferente a la niña que fui, a la adolescente tímida, insegura, introvertida que durante muchos años me habitó, hasta que los golpes de la vida me colocaron en la posición de convertirme en una alma indómita de la que me siento muy orgullosa; y que día a día sigue trabajando para ser mejor mujer en todos los sentidos y con todos los seres que amo y las relaciones personales, laborales y familiares que me interesan.

La colección que ha crecido y envejece conmigo en el día a día, es la de búhos, de todos tamaños, colores y materiales inimaginables. Acompañados del grato recuerdo de quien me los ha regalado en su mayoría, otros me los he

comprado yo. Siempre que visito un nuevo sitio trato de traerme una de estas aves rapaces nocturnas que existen en mi vida desde la secundaria. Amo los búhos porque representan la sabiduría, no porque tenga formación jurídica en mi entorno. Soy por naturaleza callejera, el estar fuera de casa, me provoca adrenalina y una emoción muy alentadora de vivir y gozar el entorno exterior, pero cuando estoy en mi hogar, me siento muy acompañada por mis búhos que aparecen por todas partes, siendo la estancia y mi recámara los lugares donde más habitan, el baño y la cocina los tienen con moderación; y vuelan junto con mis emociones, sueños, metas y decepciones cuando las tengo.

Mi librero que es otro de mis objetos más amado, otro que ha crecido y envejece conmigo. Amo los libros desde que a los cinco años mis padres me ayudaron para que aprendiera a leer y luego me colmaron de ellos. Dos de los principales elementos que más recuerdo desde mi niñez, fueron los libros y la gran cafetera que siempre tenía listo el vital líquido negro y caliente que reconfortaba el bienestar de mis papas. Debido a todo lo que contiene mi librero, a veces siento que lo tengo saturado de: libros, portarretratos y búhos, pero cuando estoy de frente, me halaga sentirlo una vital parte de mí y poder elegir o intercambiar un libro, es como si estos tres elementos, me apapacharan y mimaran hasta lo más recóndito de mi ser.

Cuando estoy en casa es porque estoy escribiendo mis memorias, la tarea de los talleres, lo que se me ocurre o siento en el momento, o haciendo por computadora todos los trámites inherentes a mi trabajo. Es doloroso darme cuenta que deseo escribir cientos de cartas y no puedo elaborar ni siquiera el comienzo de una. Estoy frente a la computadora o sentada en la mesa del comedor con mi cuaderno abierto, eso sí, siempre acompañada de buena música, ya que esta es la que me concede el mejor alimento para el alma, me declaro melómana. Hasta cuando hago el quehacer debo tener música, siempre música para sentirme viva, contenta, real, amada por el gran universo y cobijada por la luna de la que estoy enamorada.

Otro de mis objetos más amado y que va de la mano con mis actividades hogareñas, es mi cafetera, al despertar, luego de abrir los ojos y darme cuenta que

estoy viva y bien un día más, luego de agradecer al creador por mi existencia, voy a hacer pipí, me lavo cuidadosamente las manos, y acto seguido acudo a la cocina a preparar mi cafetera. El aroma del café me hace sentir plena, es como la gasolina que requiere mi cuerpo para arrancar. Amo las mañanas en casa acompañada de mis libros, búhos, fotografías, música y una tras otra tazas de café. Cuando estoy de viaje, extraño mi cafetera ante todo, en ocasiones me hospedo en hoteles donde me brindan este servicio en mi cuarto y este hecho me hace feliz.

Tal vez sueno ridícula o cursi, pero esto es lo que soy, y lo que pretendo cuando estoy en casa, que en honor a la verdad, procuro que sea poco tiempo, por mi propio bien y mi naturaleza callejera que se destapó desde que tenía poco más de un año de vida. Alguna vez vi un meme que me gusto y adopte literal, decía: “La casa envejece, embrutece y nadie te lo agradece” y estoy en completo acuerdo. Generalmente siento que en casa me ubican más por el papel de doméstica que por el de madre o esposa.

Mis escritos, las hojas sueltas, los cuadernos que he logrado engargolar, que contienen todo lo que he vaciado a lo largo de mi vida, también representan una parte importante para mí, actualmente los siento como tierra fértil para sembrar; al principio fue doloroso darme cuenta, que escribía horrendo, que la escritura es un arte con el que no se nace, que es algo que se aprende y se debe pulir día a día con el apoyo de la lectura, las vivencias y los expertos en materia. Por eso pienso gustosamente, que ahora tiempo me falta para componer todo lo que he escrito, pues ya me siento mejor, no experta ni erudita pero si con bases más sólidas para saber contar las cosas. Y me alegra mucho el hecho de tener muchos escritos que ajustar.

El silencio y la soledad son cosas que no se pueden ver ni tocar, sin embargo, en mi representan algo maravilloso y valioso que me permite ser y estar en paz conmigo misma. Que llevo conmigo a todas partes, incluso en mis viajes de trabajo o de placer y que invariablemente busco el momento idóneo para esconderme con ellos y hacernos cómplices de mis aventuras, emociones y sensaciones.

Como lo he mencionado en otras ocasiones, el arte y la cultura son otra riqueza de mi vida, que me acompaña y me inyecta energía y ganas de existir, estos

escenarios no materiales, son mi vida, mi pasión, mi aliento. Representan la montaña, que ya estoy escalando, la que logro distinguir y a la que me urge escalar su cima. Creo que todos los elementos materiales y emocionales que elegí, nacieron desde un lugar en mi corazón que refleja el gran amor por mis padres, los responsables de presentarme estos sublimes elementos sin los cuales mi vida no tendría sentido ni sería igual. Sin duda alguna, son bendiciones que agradezco infinitamente a la vida y a mis progenitores. Es llevar una parte de ellos en mí. Es como quiero que su huella quede tatuada en mi memoria y corazón.

“La bomberito”

Cuando leo o escucho la palabra eco, sin lugar a dudas, evoco muchísimas cosas, empezando por películas, eventos de mi infancia, juegos, hermanitos, parientes incómodos, padre represor, madre pasiva, la efímera participación de distintos adultos en mi niñez, en mi familia y sobre todo de metiches y gorriones en mi casa, etcétera. Infortunadamente lo que no logro visualizar, ni mucho menos recordar es la presencia de mis abuelos.

Ese amor tan grande, precioso y único que se les tiene a los viejos y ellos a sus nietos. Me entristece y a la vez me enoja, aunque a medida que envejezco, y crezco como ser humano, esta molestia se va reduciendo, pero sigue presente la herida por no haber convivido con ellos. La vida, me arrebató a los dos abuelos varones en mis primeros años de nacida, cuando aún asistía al jardín de niños. A mi abuela materna, casi cuando yo alcanzaba las tres décadas de vida, pero solo la vi una vez cuando yo tenía como ocho años y no me gusto su presencia. Mi otra abuela, ni siquiera figuró en nuestras vidas, murió cuando mi padre tenía cuatro años. Por lo menos llevo su nombre; ya aprendí a aceptar este hecho y estoy trabajando con esta designación que siempre vivió clandestina en los rincones de mi alma.

No negaré que me encantaría poder relatar todos los ecos que ellos me dejaron, pero no hay nada de qué hablar. Así que trato de evocar otras voces, otros personajes, otros sucesos, otros encuentros y desencuentros, pero la memoria y

sobre todo mi corazón me llevan a uno solo, a un amor muy grande, único, fuerte, inestimable y sublime que morirá conmigo. “EL AMOR DE MI VIDA”, amor romántico, amor platónico, amor carnal, con el que alguna vez se dio en distintas épocas y lugares, una vida amorosa y que hoy en día es parte de mi amorosa vida.

A Felipe lo conocí una tarde de verano; él ya me había visto y le gusté de inmediato, sólo que le habían dado pésimas referencias de mí. Su hermana, un año menor que él, en ese tiempo era una de mis mejores amigas y compañera de estudios en el bachillerato. Para sus diecisiete años, Felipe era un hombrecito con una enorme debilidad por las mujeres. Alcohólico semanal, excelente estudiante, buen hijo, buen hermano, dotado de un don especial y mucho encanto para seducir mujeres de todas las edades y no había nacido quien se le resistiera. Era apuesto. Cuando reía, en sus mejillas se formaban dos hermosos y fascinantes agujeros. Tenía labios gruesos y sensuales concedidos con el don de la palabra, pero también era un mentiroso como lo son muchos varones a esa edad.

Sin embargo, era feliz a su manera, le encantaba ejercer su sexualidad con cuanta belleza femenina se le atravesara, le decían el gato porque tenía una gran habilidad para escalar, árboles, balcones, paredes, y todo lo que fuera posible, para la conquista de una mujer o de sus propias aventuras de muchacho. Incluso para cuando tuviera que salir corriendo ante la llegada inesperada del marido de la mujer en cuestión.

La tarde que llegue a su vida, él estaba dentro de una casa de campaña en compañía de su mejor amigo y cuñado, el novio de mi amiga. Casualmente ese día no estaba tomando cerveza, tenían una buena dotación de pastelillos de la marca Marinela y jugos de frutas. Yo caminaba hacia la avenida Acoxta, junto con otra muchacha, cuando nos vieron pasar, le gritaron a ella y ante su insistencia nos aproximamos. En el rostro de Felipe se dibujó una enorme sonrisa y una gran satisfacción ante mi presencia. Tenía semanas rogándole a su hermana que nos presentara, pero ella se negaba rotundamente y ni siquiera me mencionaba nada al respecto. Sabía bien que mi ego se enaltecería y mi curiosidad se ampliaría por conocerlo.

No cabe duda que ella estuviera protegiéndonos a ambos, a mí para que no me enganchara con un infiel, mentiroso y borracho, pues sabía muy bien que gracias al alcoholismo de mi padre y su mal comportamiento para con nosotros; yo detestaba a los hombres que bebían y no podía ni acercármeles. Y a su querido hermanito lo resguardaba de no ser maltratado por una escuincla fresa, mamona, creída y presumida como lo era yo. Además era su hermano favorito y ella sabía que no era conveniente que nos conociéramos, mucho menos que nos tratáramos, y ya ni hablar de tener una relación.

Pero la vida, nos jugó una buena broma ya que en su infinita sabiduría, le quedaba claro que este amor tan grande, era imposible por todos lados, y que estaba destinado al fracaso a pesar de que ambos lucháramos y nadáramos a contra corriente por salvarlo de un agonizante y desgastante naufragio, que finalmente lo llevo a partirse en dos direcciones. Al principio todo parecía marchar bien, contra todo pronóstico, rezo o presentimiento, nos conocimos y nos enganchamos.

Cuando nos aproximamos a la pequeña entrada de la tienda de acampar, di un paso atrás al notar la presencia de Rafael el novio de mi amiga, yo lo odiaba y estaba más que correspondida. A él no le gustaba que yo me juntara con su novia porque decía que la aconsejaba muy mal y además no quería que se hiciera igual de mamona que yo. Este sujeto me apodaba “La Madame Butterfly”, solo para que se den una idea de que en ese tiempo yo ya era experta en el manejo de la frase “Antes muerta que sencilla”.

Esa tarde, Felipe ansiaba con toda su alma que me quedara, por lo que suavizó la situación para que los cuatro permaneciéramos dentro del reducido espacio. La cuarta chica, de la cual no diré su nombre, había sido amante de Felipe y también había tenido un desliz con Rafael. Después de muchos años entendí el comportamiento de esta mujercita, ya que la mayoría de mis vecinos y conocidos mayores, me recomendaban amplia e insistentemente que no me juntara con ella. Y es aquí donde sin querer, recuerdo uno de los ecos que más sonaba en ese tiempo en mis odios, gracias a los que me estimaban y no querían ver perjudicada mi imagen y reputación: “Dime con quién andas y te diré quién eres”.

Mi vecina, compañera de clases y amiga común con la hermana de Felipe, era ninfómana y le costaba mucho trabajo frenar sus instintos. Lógico que conmigo daba otra cara y yo no podía entender muchas cosas hasta después de un tiempo, mi amado me expuso la realidad de ella. La información anterior sale a relucir porque, mañosamente, Rafael, quien ya conocía a la chica, empezó una conversación relacionada con el sexo y nuestras experiencias al respecto. Aún recuerdo su sarcástica y burlona sonrisa cuando encendió la mecha. A la otra chica el rostro se le encendió de un rojo intenso, seguido de un repentino calor que solo pudo sofocar cuando mi nefasta y errónea intervención se develó.

De mi boca comenzaron a salir una sarta de mentiras e invenciones de un tema que aún no dominaba, ni siquiera tenía mucho conocimiento, con decirles que tuvieron que pasar siete años para que yo perdiera la virginidad y tristemente confieso que mi primera vez, no fue con mi amado Felipe.

Desconocía que mi admirador secreto, se había dado a la tarea de investigar mis antecedentes en materia de romances y ante mi horrenda participación en la plática, pude ver como su rostro se trasfiguró de inmediato y se lanzó contra mí para ponerme en mi lugar. Le dolió mucho escucharme y más comprobar lo inmadura, inexperta y estúpida que era yo.

— **A ti te dicen la bomberito ¿verdad?** — me dijo muy molesto

— No, ¿por qué?— contesté contrariada.

— Porque si no la riegas te quemas.

Las carcajadas en el par de chicos que nos acompañaban, no se hicieron esperar, y acto seguido me regañó muy fuerte, me hizo ver el error tan grande que estaba cometiendo al sabotearme a mí misma y ponerme en riesgo. Me dijo que por fortuna estaba con gente de confianza, que ellos sabían que yo mentía pero me dio muchas razones para que no volviera a cometer semejante atrocidad. Primero, me sentí muy molesta con él y me daban ganas de golpearlo por metiche. A Rafael lo quise matar por burlarse y gozar de mis estupideces. Felipe terminó su intervención, de una manera más tranquila.

Esa noche, en mi recámara, bajo la intensa y bella luz de la luna, no podía dormir porque recordaba una y otra vez, su rostro deformado por el enojo, lo miraba

saltando en mi defensa, en mis oídos resonaban una a una sus palabras, primero muy duras y después más suaves. Me sentí feliz al descubrir que le importaba mucho a alguien y que ese hombre era un ser maravilloso.

Fue así como emprendió una ríspida historia de amor entre Felipe y yo, que como bien se vaticinó, tuvo un final muy similar al Titanic. Y esta frase: “**La Bomberito**”, ha sido el eco que más fuerte ha sonado en mi existencia y el que con más frecuencia repica en mí ser, siempre que me equivoco o hago algo mal.

No hay día que no piense en él, que no lo extrañe, que no le desee lo mejor de la vida, le mando bendiciones eternas todos los días, oro por él y sus amores más representativos y aunque temo mucho por la realidad que está viviendo actualmente, prefiero mantenerme alejada por el bien de ambos.

Él tenía muchos dichos, unos simpáticos, otros sabios, otros reflexivos, todos quedaron plasmados en mi alma y corazón, no obstante me queda bien claro que nunca dejaré de ser una bomberito.

Despertando de mis pesadillas

Me traslado mentalmente a los primeros deseos de mi vida y descubro con dolor que son los de una chiquilla asustada, retraída, insegura e incapaz de cambiar la realidad. Una pequeña y escuálida primogénita, callada y sumisa, dotada de un gran y afectado caparazón emocional con mayor peso que la culpa por no poder hacer nada para defender a mi madre y cuidar de dos hermanitos. Así que, mi primer deseo recurrente en mis primeros seis años de existencia, era el de poder volar muy lejos con ellos para que no sufrieran, al ver como mi padre golpeaba e insultaba a mi mamá. A la par anhelaba que algo malo le pasara y nunca más volviera a casa. Pedía al cielo que se muriera o lo mataran porque, era tan miedosa que no podía hacerlo yo y me sentía fatal e inútil.

Con la praxis del evento, mi hermana Claudia tres años menor que yo, que ocupaba hasta ese entonces el lugar de la tercera; se le iba a los golpes con tal de defender a nuestra mami. Recuerdo que más de una vez la vi salir volando por el

aire ante las bruscas reacciones de mi progenitor que enardecido no media la gravedad de lo que ocasionaba ni le importaba como nos afectaba a todos. Se presume que yo por ser la mayor, en estatura y edad, debía ser quien entrara al quite y no esperara que mi hermanita lo hiciera; sin embargo, el hermano que estaba entre las dos, tenía mermada su salud desde que nació y era a él, a quien más le afectaban estos sucesos. Su mal era del corazón; cuando nació, trece meses después de mí, los médicos no le daban esperanza de vida. Decían que tenía un soplo, que estaba muy pequeño y no lo podían operar.

Cuando mi padre golpeaba a mi mamá, a mi hermanito Freddy, le daban una especie de ataques de ansiedad, se ponía verdaderamente mal, y lo triste, es que mis papas no se daban cuenta o les importaba más seguir dando función que atender al pequeño. Entonces yo me sentía obligada a protegerlo y trataba de sacarlo de la escena del crimen. La mayoría de las veces me costaba mucho trabajo porque se resistía. Le gritaba como desquiciado a nuestro papá que dejara en paz a mamá, se ponía muy duro y yo no lograba moverlo.

Fue por eso que, a Claudia no le quedó de otra y se convirtió en mi primera heroína a más de ser la más valiente de los tres. No estoy segura si a ella no le daba tanto miedo como a mí, enfrentar a mi padre o se veía forzada ante las circunstancias para hacer algo por tratar de arreglar lo que a sus escasos tres añitos sabía que no era correcto.

Me acuerdo que volteaba a verme con sus grandes ojos como platos, llenos de lágrimas, como diciendo: “Encárgate de Alfredito, que yo defiendo a nuestra mami”. Acto seguido, era como si tuviera una espada y escudo invisibles y se aventaba al ruedo sin importarle salir lesionada. En estas condiciones, mi pequeña familia seguía creciendo. Llegó un nuevo hermanito denominado “El Güero”, un hermoso niño rubio, que pronto luciría caireles y al que todo mundo adulaba.

A mi madre se le complicaba cada día más atender, a un esposo neurótico, violento y exigente, a cuatro niños de distintas edades, donde los dos primeros ya asistíamos al jardín de niños, y una casa donde todos los días debía estar la comida caliente y lista para cuando llegara el salvaje al “hogar”. Él no ganaba mal, y muy dentro de su alma había un destello de buenas intenciones, fue así como su familia

de Durango, les mandó una muchacha conocida para que trabajara en nuestra casa como doméstica y ayudara a mi progenitora en los quehaceres y con nosotros.

Nunca nos faltaba nada en el aspecto material, comíamos muy bien, de todo y productos de primera calidad. Él siempre compraba lo mejor no importando el costo. A mi madre la nulificó y descalificó desde siempre. Él hacía las compras el fin de semana y decidía qué comprar, cuánto y dónde. A todos nos vestía muy bien. A Claudia y a mí nos compraban ropa y zapatos iguales. De no ser por el detalle de la estatura, que era considerable entre nosotras pareceríamos gemelas. Aún observo las fotos y me gustan los vestidos que nos ponían.

Recuerdo a mi mamá y a mi hermanita, siempre impecables, bien vestidas y peinadas. Mi mami acudía al salón de belleza para hacerse los peinados de moda. Con el paso del tiempo y con tantas cosas por las que tuvo que pasar, poco a poco abandonó su arreglo personal y adoptó uno más casual, hasta que decidió quedarse con el estilo sport.

Claudia hasta la fecha luce como Barbie, impecablemente vestida y peinada, con uñas postizas, ropa y accesorios de marca; es la más bonita de las cuatro hermanas que somos, porque es físicamente la más parecida a mamá. Mi madre es una mujer extremadamente hermosa interior y exteriormente hablando. Claus se maquilla muy bien, no tiene ni un solo cabello fuera de lugar y una gran tragedia en su vida puede ser, que se le rompa una uña o se le vaya el hilo a las medias. En cambio yo, no sé si por desobediente, perezosa, mañosa o tal vez por tener seguramente, desde temprana edad, mi autoestima por los suelos, no me ha interesado lucir como muñeca de pastel, ni andar muy “prendidita” como se dice coloquialmente. Desde niña odiaba que me tocaran la cabeza, siempre que mi padre me desenredaba el cabello, me lo halaba muy fuerte y me dolía mucho.

Recuerdo que mi pelo era lacio, y cuando observo las fotos de la primaria, siempre soy la única que sale despeinada; nunca me gustó, ni me dejé poner moños, diademas o cualquier otro accesorio en el cabello. Hasta la fecha sigo igual de desgredada, con la diferencia, de que mi cabello a partir de los dieciséis años se me rizó y se transformó a quebrado, por eso siempre que me salgo de bañar, me pongo mousse y se arregla muy bien, disimulando mi indocilidad. Amo mi cabellera

y nunca me podré quejar de ella, como dice la Trevi, “A mí me gusta andar de pelo suelto”.

Los primeros seis años de mi vida fueron los mejores en el aspecto económico; pero en lo emocional, lo que estaba pasando en mi familia era una anarquía mierdera de la cual quería desaparecer. Yo no lograba entender, porque mi madre soportaba todos esos malos tratos y porque no buscaba ayuda o se ponía a salvo y nos protegía a nosotros. Era muy pequeña para darme cuenta que mi padre le doblaba la edad. Mamá había tenido una dura infancia al lado de su madre que también fue una tirana con ella. Quizá por eso, mi mami pensó que dejar el hogar de sus padres y sus primeros dieciséis años en el pueblo de Degollado, Jalisco para irse a vivir a la ciudad de México y formar su propia familia, era mejor que seguir aguantando las injusticias de su progenitora. Pocos años después descubrí que a mi mamá le paso como dice un dicho popular: “Salió de Guatemala para entrar a Guatepeor”.

Para colmo, la familia de ella casi no se aparecía, los pocos que quedaban radicaban en Jalisco de donde son originarios. Casi todos los hermanos varones de mi mamá estaban formando sus familias y se estaban pasando de mojados a la unión americana, dos de sus hermanas mayores ya se habían casado, mi madre era de las más chicas y solo quedaban solteras otras dos, una que se fue al convento y otra un año menor que mi mamá a la que también le andaba por salir del contexto familiar.

Desdichadamente la familia de mi papá era la que más nos frecuentaba, y solo estaban de metiches y criticones en mi casa, juzgando a mi madre y queriéndonos educar y manejar a su antojo. Entiendo que mama a sus casi veintidós años ya había pasado por muchas cosas muy fuertes, y que estas se habían acrecentado cuando se casó; sin embargo ese no era motivo para que su familia política la descalificara creyendo que no era apta para educar a sus hijos.

Pienso que debieron aconsejarla y dejarla actuar aunque se equivocara, pero no, estos bastardos sin gloria, la saboteaban todo el tiempo y se sentían respaldados por el verdugo mayor “mi padre”. Pero ahí estaba nuevamente la heroína del cuento para hacerles ver su suerte a todos, Doña Claudia a quien ni mi

papá con toda su gente pudieron poner en calma nunca. Estoy segura, que quien inventó el Demonio de Tasmania animado, se inspiró en mi hermanita.

Claus a cada rato se accidentaba porque parecía hija del hombre araña, escalando las paredes hasta llegar a la cumbre y luego le daba por volar de un extremo a otro. Cuando los adultos advertían esto, ya era demasiado tarde, ella ya se encontraba explorando el cielo de nuestra casa o ya había tenido un aterrizaje forzoso del cual con frecuencia salía lastimada. Brincaba y volaba de un mueble a otro sin parar. Recuerdo que una vez, se lastimó la vagina y le sangró mucho, provocando que todos nos asustáramos y la llevaron de inmediato al hospital. El accidente se ocasionó, porque calculó mal el brinco que dio de una cama a otra y cayó con las piernas abiertas en medio de un bote metálico mamá tenía en la recámara para colocar la ropa sucia.

Nunca ha sido muy muy comelona como lo fuimos Freddy y yo en algún momento; tampoco ha sido vaga como nosotros. Siempre le ha gustado más estar en casa, parece torbellino porque no puede estarse quieta un segundo. Yo siempre la estoy molestando diciéndole que se compre una vida porque solo quiere estar indagando lo que ni le va ni le viene. Además de todo tiene complejo de cenicienta porque es de las que limpian y trapean su casa hasta siete veces al día. Solo vive al pendiente de las labores domésticas. A la cocina casi no se mete al igual que mi mami, mis otras dos hermanas y yo, gracias a la vida que no se nos da la cocinada, en lo particular, me gusta más el comedor, je, je, je.

Esta sí que es una buena herencia materna o pudiera ser considerado un mal ejemplo, según el cristal con que se mire. Para terminar de definir la personalidad de doña Claudia, diré que no sé, si porque la vida la obligó de alguna manera a ponerse viva y atenta ante lo que nos pasaba o ya lo traía en los genes, (si fuera el caso, esto viene de mi familia paterna, sin lugar a dudas), es increíblemente chismosa y mitotera, siempre fue y sigue siendo la que saca la cara por cualquiera los miembros de su familia.

No le puedes contar algo que pasó porque quiere saberlo con lujo de detalle, y si no le dices, tiene sus métodos poco ortodoxos pero no se queda con dudas. Un día, cuando yo estaba por entrar a la primaria, mi padre nos sorprendió con la noticia

de que acababa de comprar un departamento nuevo en la colonia Villa Coapa, y a los pocos meses nos mudamos. Seguramente él y mi mamá estaban contentos porque al fin estarían estables y en su casa propia; ya no pagarían renta, dejaríamos de andar como judíos errantes, ya que nos cambiamos de casa frecuentemente. Pero para mis hermanitos y yo, fue un gran golpe emocional porque de entrada no nos gustó la nueva casa; no obstante que todo era distinto, bonito, reluciente, nuevo, entraba mucha luz, teníamos nuestro cuarto propio, la unidad habitacional era muy hermosa en comparación con la colonia Tacuba; donde habíamos vivido poco más de un año, desde que mis padres estaban huyendo del doloroso recuerdo de haber perdido un hijo vivo, de escasos cuatro meses, que nació antes que Claudia y que falleció de pulmonía tras la nevada que sorprendió a la ciudad de México en enero de 1967.

Se llamaba Mario, como mi padre, y era el único que heredó los ojos de color azul de mi abuelo paterno, por desgracia yo no tengo ningún recuerdo de él, ni existe foto alguna de este angelito. La enfermedad de Mario tras la inesperada nevada marcó a mis papas y nunca más hablaron de ello, ni les gustaba por ningún motivo asistir a Xochimilco.

Tengo recuerdos muy vagos de la nevada, me acuerdo más, por ejemplo de mi tía Chuy hermana de mi papá y su esposo que vivían con nosotros en ese tiempo, en el barrio de San Gregorio, en Xochimilco y que ella siempre me llevaba al mercado del centro para hacer las compras y se quedaba mucho tiempo platicando con una señora que tenía un puesto de aguas frescas frente a uno de antojitos.

En Tacuba, mis hermanitos y yo, ya estábamos acostumbrados al gran patio que dividía las dos casas y nos gustaba recorrer con nuestros triciclos de punta a punta el enorme espacio donde también jugábamos con Bobby nuestro perro y con un par de gallinas y un gato que eran parte de nuestro acervo de mascotas. El departamento en Villa Coapa se nos hacía muy chico en comparación con el amplio lugar que habíamos disfrutado en la otra casa, donde había una enorme sala comedor y una gran recámara en la que cabían la cama matrimonial de mis padres, nuestras camas y la cuna donde dormía el Güero. Nos habíamos acostumbrado a dormir todos juntos y no nos gustaba que nos separaran. A esa edad no teníamos

conciencia de lo que era una casa rentada, vieja, oscura, sin la bendición del gas natural y con mucha humedad.

Sufrimos mucho el día que un amigo de mi papá se llevó a Bobby porque no podíamos tenerlo en el departamento. Mis hermanitos y yo deseábamos con toda nuestra alma, regresarnos a Tacuba, porque allá; muy a pesar de la desgraciada violencia que conocíamos, habíamos sido felices teniendo nuestro propio espacio para jugar con nuestras queridas mascotas y amábamos bailar ya que mi mami, todos los días escuchaba la radio donde tocaban los temas del género musical A go go que estaba de moda.

Ella no se ponía a bailar, nunca le ha gustado ni la he visto hacerlo, simplemente escuchaba esa música que la hacía sentirse muy bien y hasta cierto punto liberada durante el día, mientras no llegara su esposo a imponer su ley. Cuando comenzaba la música, Claudia en automático empezaba a bailar y nos ponía a Freddy y a mí a que siguiéramos su ejemplo, no aceptaba un NO por respuesta e invariablemente terminábamos felices y contentos disfrutando de la música. En la nueva casa extrañábamos todo eso y los paseos dominicales. Todo el tiempo que vivimos en la colonia Tacuba, cada fin de semana; el séptimo día papá nos llevaba al centro de la ciudad para desayunar en el Sanborns de los azulejos que le encantaba y a veces, según estuviera de humor para esperar, lo hacíamos en el afamado Café Tacuba.

Después del desayuno nos llevaban al bosque de Chapultepec, donde corríamos y jugábamos felices hasta el atardecer. Todavía hay algunas fotografías donde estamos los tres hermanos felices jugando con mamá y corriendo tras la pelota en el enorme bosque y se ve a Tomasa cuidando del Güero. A veces nos metían a la casa de los espejos y nos paseaban en el trenecito que subía hasta el castillo que alguna vez albergó la existencia de Maximiliano y Carlota.

En Villa Coapa todo era muy distinto; al principio no podíamos salir a jugar, nos mantenían encerrados en nuestras habitaciones, eso sí, rodeados de muchos juguetes y se nos hacía como una pequeña cárcel con lujos de la cual queríamos escapar. Entre los tres inventábamos planes para huir y dejarles a mis papas al pequeño bebé para que no nos echaran de menos. Seguramente Tomasa, era la

única que estaba disfrutando el cambio de casa y todas sus bondades, a ella le tocaba explorar la zona cuando salía a la tienda o para hacer los demás mandados y poco a poco se empapaba de lo que había en la unidad, de todos los servicios y de cómo y cuándo se podía hacer uso de ellos.

Empezó a conocer muchachos, trabajadores de la construcción o prestadores de servicios a la comunidad que le hablaban al oído y comenzó a andar de voladilla (como decía mi mami), nos agarraba de pretexto a nosotros, diciendo que nos llevaría al parque que estaba a cuadra y media para que no nos aburriéramos. Entonces, mi madre que se pone las pilas, y le dice: Sola no puedes salir con los niños.

Con el cambio de vivienda, mi padre se vio obligado a vender su automóvil para a completar el enganche, razón por la cual salía más temprano de casa y regresaba más tarde también. Con Tomasa a cargo de la mayoría de las labores domésticas; mi mamá podía salir a pasear con nosotros para que no estuviéramos tristes ni aburridos. Fue así como poco a poco fuimos explorando la zona que felizmente estaba rodeada de enormes ex haciendas, establos y grandes terrenos vacíos. Había una fábrica muy cerca de casa, llamada Ron Castillo y nos gustaba observar el movimiento de los empleados y las camionetas que salían a surtir el afamado ron a través del alambrado que algunos años después se convirtió en la secundaria de la colonia y la fábrica de ron actualmente es un recinto del IPN.

Una vez entramos a conocer un establo y vimos como ordeñaban a las vacas. A mis hermanitos y a mí nos daban miedo las productoras de leche y no soportábamos mirar cuando cagaban y nos quejábamos ante el apestoso y fuerte olor de estiércol que combinado con los aromas de la leche y la hierba que consumían los animales y que estaba por todo el lugar, nos provocaban asco. Sin embargo nos encantaba cantarles la canción: Tengo una vaca lechera.

Mamá compraba leche fresca y recién extraída de la res con la que nos preparaba delicioso jocoque y nos la daba a beber por las mañanas y en las noches. A mí solo me gustaba consumirla con cereal, para ese entonces ya eran famosos el Tigre Toño y el elefante de Choco Krispis entre otros sabrosos cereales que nos compraban. En la calle, mis hermanos y yo parecíamos animalillos silvestres porque

disfrutábamos mucho explorando los interminables llanos desiertos que rodeaban la colonia donde estaba nuestra nueva casa. Mamá nos hacía caminar y llegábamos hasta la Calzada del Hueso, muy cerca de la gran avenida Tlalpan, donde había una enorme ex hacienda que hoy día es donde se ubica la preparatoria oficial No. 5, muy cerca está el Club América. En fin que solo existía la Unidad y todo el rededor eran terrenos vírgenes o ex haciendas.

Cuando regresábamos a casa nos sentíamos cercados entre tanto edificio y se nos extinguía la felicidad porque sabíamos que nos tocaba estar encerrados en la habitación, donde debíamos entretenernos sin dar molestias a mamá y a Tomasa porque era la hora de las telenovelas y ambas se sentaban frente al televisor para ver los dramas que las mantenían inmersas en la trama. Dentro de la recamara, deseábamos poder alcanzar la alta ventana, abrirla, quitar los barrotes y salir a la calle en busca de más aventuras y conocer niños, había muchos, a algunos si los dejaban salir a jugar. Sus padres estaban al pendiente de ellos a través de la ventana.

Ingresé a la primaria, Alfredo y Claudia al jardín de niños, ya teníamos amigos pero infortunadamente ninguno vivía cerca de nuestro edificio para que pudiéramos salir a jugar con ellos. Comenzamos a crecer y la familia también, llegó una nueva bebita a la que llamaron Olivia; se acrecentaba mi desconcierto, yo solo tenía siete años y ya tenía cuatro hermanos más, un padre represor y una madre pasiva que poco a poco buscaba la manera de mantenernos ocupados.

Cuando llegaban las vacaciones de verano, ella nos apuntaba al curso correspondiente y de esta manera no sentía mucho la ausencia de clases, porque acudíamos de lunes a viernes de nueve a dos de la tarde y cuando había paseos programados regresábamos a casa varias horas después de lo normal, podrían ser las cuatro o cinco de la tarde. De esta manera, ella y Tomasa se libraban un poco de los latosos y solo se quedaban con el Güero y Olivia que eran los de brazos.

En mi caso, disfrutaba más los cursos de verano que las clases en la primaria, porque en la escuela y hasta que pasé a quinto grado, padecí de mucha violencia por parte de otros niños. Las maestras se hacían de la vista gorda y me decían que no les gustaban las niñas chismosas. Claro, porque algunas de ellas también nos

pegaban dentro del salón y nos amenazaban si decíamos algo. Recuerdo que una de ellas, nos hacía juntar los dedos de la mano, como cuando expresamos la señal de miedo y con el borrador nos daba muy fuerte. Otra nos pegaba en la espalda con una larga regla de madera que tenía. Ante este ríspido panorama yo no podía quejarme si mis compañeritos me hacían algo porque las docentes me hacían quedar como una loca, mentirosa y calumniadora.

En cambio en los cursos de verano, todo era maravilloso. Entrábamos una hora más tarde, vestíamos con ropa de calle, mamá nos preparaba un refrigerio y por parte del IMPI, nos daban otro, que consistía en un cuarto de leche, una galleta dulce y una pequeña palanqueta de cacahuete. Los dirigentes del curso eran muchachos de ambos sexos, no rebasaban los veintidós años. Eran alegres, siempre estaban cantando, tenían prendida su grabadora con las canciones del rock que en ese tiempo sonaban en la radio.

Fue así como conocí las de: Popotitos, Agujetas de color de rosa, la Chica Ye Ye, todas las del grupo español Mocedades, Johnny Laboriel y las de Joan Manuel Serrat entre muchas otras. Los muchachos del curso, siempre estaban de buen humor, nos tenían paciencia, no nos regañaban, nos hablaban bonito y nos apapachaban mucho. Se notaba que amaban a los niños y sobre todo su trabajo. Los veranos de mi infancia fueron la etapa más feliz de mi niñez.

Cuando se acercaba el regreso a clases, yo deseaba con toda el alma que esta época se paralizara y no avanzara para poder seguir siendo feliz en ese tiempo y espacio. El curso de verano se convirtió en mi desahogo y mi momento de mayor fortuna. Además me gustaba mucho porque salíamos una vez por semana a conocer algún lugar distinto como: un parque, un museo, un balneario, el teatro, etcétera, la visita al establo fue gracias a este curso.

Solamente un verano ocurrió algo muy feo. Una mañana al llegar a la escuela primaria, sede de las actividades, notamos que los organizadores estaban muy serios, sus rostros lucían desencajados. No estaban escuchando la radio ni echando relajo entre ellos como siempre; nos pareció extraño verlos tan desorientados. El líder del proyecto, nos sentó a todos en el suelo, muy cerca uno de otro, nos pidió

que guardáramos absoluto silencio porque dijo que tenía una mala noticia que comunicarnos.

Y así de golpe la soltó: dos de nuestros compañeritos se habían ahogado en una playa durante la semana que salieron de vacaciones con su familia. Nos dijo de quien se trataba y nos quedamos mudos y desconcertados ante el acontecimiento. Fue la primera vez en el origen de mi vida, que me vi obligada a guardar un minuto de silencio y sentí muy feo, yo me llevaba muy bien con la niña. Era dos años menor que yo y solo hacíamos buena mancuerna durante vacaciones. Lamentablemente solo recuerdo sus rostros pero no sus nombres.

Algunos nos pusimos a llorar por nuestros amiguitos, se trataba de una familia que tenía cuatro hijos, los dos mayores, niño y niña, tenían nueve y ocho respectivamente y sus dos hermanos más pequeños, también eran de ambos sexos, con edad de cuatro y cinco años. La explicación que dieron sus padres a los cabecillas del curso, fue que la niña se estaba ahogando en el mar y su hermanito por meterse a salvarla, sucumbió a la par. Esta desventura, sin haber sido testigo, me impacto mucho, al grado de nunca poder hablar de ella. Es en este espacio donde por primera vez hago mención de este hecho tan lamentable. Fue la primera tragedia real con la que me enfrentaba,

Ese verano y ningún otro, regresaron sus hermanitos al curso, los padres de estos pequeños, hicieron hasta lo imposible por mudarse de casa a la brevedad. Fueron unos días de desolación, se sentía algo muy raro y fuerte en el ambiente, por más que los chicos trataban de que las cosas volvieran a la normalidad, esas vacaciones para nadie volvieron a ser lo mismo. Cuando volvimos a clases, se convirtió en noticia de primera plana y yo deseaba con todo mi amor que nunca hubiera pasado esa desgracia y que mi amiguita y su hermano mayor no hubieran muerto.

Hasta ese momento, mis hermanitos y yo, no sabíamos lo que era ir de vacaciones porque nunca nos habían llevado fuera de la ciudad. Mi padre todo el tiempo estaba trabajando, para esa época ya tenía dos empleos y gracias a esto los episodios de violencia doméstica se hicieron más lejanos, pero no desaparecían aún. Tras la tragedia acaecida a mis compañeros del curso de verano, solo tenía

algo seguro, que a ese precio no anhelaba disfrutar vacaciones familiares ni ninguna otra fecha de descanso.

Sentía mi corazón arrugado y frío de tanto que le había afectado el suceso. Fue muy fuerte lo que vivimos, saber que no volveríamos a ver a un par de niños con los que convivíamos de lunes a viernes, con los que jugábamos, reíamos, hacíamos diabluras y compartíamos la hora de los alimentos, con los que cantábamos felices en el trayecto de los paseos hasta llegar a nuestro destino. Como he mencionado antes, no me gustaba asistir a la educación primaria porque no la pasaba bien, me sentía rechazada por las maestras y algunos de los niños; me sentía inútil y desvalida.

De pronto me veo cursando el quinto grado; mi madre para variar y no perder la costumbre, embarazada una vez más, estaba a escasas semanas de parir. La maestra que tenía en ese año, la recuerdo muy bien, se llamaba Alma Cristina, era alta, delgada, tenía el cabello color negro, lacio y le llegaba hasta la cinturita de avispa que podía darse el lujo de presumir. Vestía moderno y con la ropa apretada, las faldas las usaba un poquitín más largas que la minifalda. Nos causaba mucha risa porque siempre que escribía en el pizarrón, colocaba su mano izquierda al final de la espalda, como auto abrasándose y se agachaba de una forma muy sexy. No era fea y tampoco estaba tan vieja como las demás maestras golpeadoras. Además, Alma Cristina no nos pegaba.

Era el mes de marzo del año de 1973, la maestra nos estaba dando el tema de Lázaro Cárdenas y la expropiación petrolera, nos dejó de tarea hacer un trabajo en un pliego de cartulina, con imágenes, relativo al tema. Hice la tarea, mi padre no estaba en todo el día para revisármela, mi madre no tenía tiempo, cinco hijos latosos y peleoneros, embarazada y sin ayuda porque para ese entonces Tomasa se había fugado con un albañil y nunca más volvimos a saber de ella.

Mis padres confiaban en que yo siempre hacía mis deberes escolares, y no se equivocaban, no obstante asumían que también los realizaba bien y eso no siempre era verdad. Me acuerdo que ya en el aula, la maestra nos fue llamando a uno por uno para entregar el trabajo; cuando me tocó a mí, me regañó porque coloqué el título al centro, con mayúsculas y con letra grande la frase: "El Petrolío",

eso basto para que me trajera de bajada y fui blanco de burlas durante más de una semana, por parte de ella y de mis compañeros de clases.

Cuando me di cuenta de ello, quise desaparecer de la faz de la tierra, fue la primera vez que desee mi muerte, odie a mis padres por no estar al pendiente de mi personita. Me sentía como cucaracha aplastada sin rumbo fijo. Pero estoy segura que este lamentable hecho fue el detonante para que yo dejara de ser la niña tímida, callada e insegura de siempre. Me volví rebelde y no dejaba que nadie me molestara ni me hiciera nada malo. Fue en este mismo año y espacio donde le di por primera vez una grande y fuerte bofetada al niño que se sentaba atrás de mí y que me estaba molestando.

Esa mañana hasta yo me sorprendí de mi comportamiento, fue tan notorio el hecho, que ante la incrédula sorpresa de Alma Cristina y los demás alumnos, ella solo le dijo a Cuauhtzin que me dejara de estar molestando o lo cambiaría de lugar. ¡Oh cielos! No pasó nada, ¡no lo podía creer!, fue hasta ese momento que comprendí que nunca pasaba nada cuando un alumno molestaba a otro, no me lapidaron ni expulsaron como pensé, Uff, sucedió en una fracción de segundos y la vida siguió igual, excepto yo que a partir de ese día adopte mi naturaleza indómita y me sentía enaltecida. En la primaria, nadie se volvió a meter conmigo. Un poco tarde pero lo aprendí.

Estos fueron mis deseos más representativos de mi primera década de vida, con el transcurso del tiempo se fueron modificando o volviéndose más intensos según las circunstancias. Por hoy me quedo en esta etapa de mi infancia, ha sido demasiado intenso y doloroso este ejercicio, sin embargo, fue un buen detonante para continuar, porque no deseo parar de escribir sobre mis cumbres hasta esta época de mi vida en que tengo 53 años. El tiempo apremia y si le sigo, segura estoy que no terminaré a tiempo para entregar.

Aún me falta contarles que fue de mis dos hermanitos cómplices y compañeros de angustias y alegrías en nuestros primeros años. Freddy, nunca se casó, terminó su carrera como licenciado en Ciencias de la Comunicación en la UNAM, su último empleo fue en Televisa, donde estuvo como Asistente de Producción. Desde muy pequeño su gran pasión se enfocó al soccer, únicamente

como espectador porque debido a su enfermedad, tenía prohibido hacer ejercicio físico. Su equipo favorito fue el hasta hoy polémico y desprestigiado Cruz Azul y la vida es tan justa y sabelotodo que cuando falleció a los treinta años, fue sepultado en el panteón Xicotepec que está a un lado de este club deportivo en Tepepan. Murió a causa de que su enfermedad se agudizó en virtud de que el principal problema con su corazón, fue que nunca dejó de crecerle, literal y metafóricamente, porque sin agraviar a mis demás hermanos, fue el mejor de ellos en todos los aspectos.

Su corazón progresó tanto que le aplastó los pulmones hasta ocasionar un estallamiento interno de órganos. Sus últimos tres años de vida se la pasó ingresando y egresando de distintos hospitales tanto públicos como privados. Siempre fue un ser bondadoso, transparente, tranquilo, discreto y trabajador.

Nunca lo escuche expresarse mal de mi padre ni de alguien más. No le tuvo rencor a nadie y se convirtió en el pariente favorito tanto de mi familia materna como paterna. Viajó mucho, sin embargo se fue con ganas de conocer el bello puerto de Acapulco, no se le dio, la vida no se lo concedió.

Claudia, se casó dos veces, en el primer matrimonio tuvo un bebe que murió a los tres meses de nacido a causa de muerte de cuna provocada por el abandono de sus progenitores. Se divorció y se volvió a casar, tiene dos hijos ya en edad universitaria. Se convirtió en abogada, no era para menos ¿verdad?, no ha cambiado en nada su singular forma de ser. Lo malo es que se cree con derecho de controlar la vida de todos nosotros, (los que lo permiten, porque conmigo topa con pared). Durante mi adolescencia y antes de que me casara y dejara el hogar de mis padres, siempre me estuvo poniendo el pie y boicoteándome en todas mis relaciones de amistad o romances.

Es muy noble pero chismosa, en la familia la conocemos como la “Que todo México se entere” y si algo muy delicado o grave está sucediendo, procuramos no decirle para que no complique la situación. Sin embargo es de las que se quita la camiseta o el taco de la boca por dártelo a ti, si lo necesitas. Económicamente es a la que mejor le ha ido y eso me da mucho gusto por ella y su familia. Desde sus primeros años de existencia adoró y sigue amando a nuestro padre; él falleció hace

nueve años. Recuerdo desde que vivíamos en Tacuba ella no se le despegaba ni para ir al baño, y como la regañaba para que lo dejara ir en paz a hacer sus necesidades fisiológicas.

En cambio yo, mientras más lejos estuviera de él mejor. La única vez que intenté acercármele para darle un beso, yo tenía cinco años y me rechazó bruscamente diciendo que a él no le gustaban los besos ni los abrazos. Snif, snif, snif, todavía duele, nunca supe lo que era un beso o un abrazo de mi progenitor, de lo que se perdió. Snif, snif, snif.

Cuando cumplí catorce años y estaba por concluir la secundaria, nació mi último hermanito, Omar, con el que actualmente me llevo mejor. Sera porque es el único que no me juzga, me entiende y me comprende. Quizá sea porque aún sin conocer su historia de vida con nuestro padre, él también lo detestó durante muchos años y fue al igual que yo el único de mis hermanos con agallas o irreverente igual que yo para expresarnos mal del ser que nos engendró ¿será?.

Debo reconocer que mi madre, a pesar de ser la principal persona que sufrió maltrato, humillaciones y golpes de su esposo, jamás la he escuchado hablar mal de él, por el contrario cuando nos oía a Omar o a mí, siempre nos decía: Respétalo, es tu padre. No te expreses así de tu padre.

A mis hermanos más chicos: Olivia, Dalia y Omar, por fortuna ya no les tocó ver las golpizas que su padre le propinaba a mamá, pero tampoco les tocaron los buenos años de bonanza. Por el contrario, cuando yo estaba en secundaria, mi padre perdió uno de sus empleos, el que le remuneraba más. Se volvió alcohólico y con eso nos pasó a fastidiar más la existencia. En mi época de adolescente lo comencé a odiar y no lo soportaba, yo hacía hasta lo imposible por permanecer fuera de casa la mayor parte posible del día.

Sin embargo, le agradezco y reconozco el inmenso sacrificio que hizo por comprar su casa al sur de la ciudad, ya que actualmente la colonia Tacuba es una de las zonas más inseguras y conflictivas de la capital. Esta vivienda se la dejó a mi mami, pienso que el precio que ella tuvo que pagar por obtenerla fue muy caro pero, no obstante nos mejoró la vida calidad de vida en muchos aspectos. A mis tres hermanitos más pequeños: Olivia, Dalia y Omar, ya les tocó otra realidad, solo

compartieron una parte de la violencia que el ejercía sobre cada uno de nosotros, quizá la de los golpes cesó o se modificó por otras más sutiles e invisibles, muchas de las que incluso yo, erróneamente durante muchos años creí que no existían y que solo los golpes eran factores criminales. Sobre todo Omar y Dalia ya conocieron a un padre, más viejo y cansado.

También les toco otra madre que por ejemplo, a sus cuatro primeros hijos jamás nos puso una mano encima, ni siquiera como intento o amenaza y en cambio con ellos, ya era educarlos a base de chanclos para que la obedecieran y porque la exasperaban.

Amo a todos y cada uno de mis hermanos, a mi madre por supuesto, a mi papá lo quise pero no mucho en realidad, mucho tiempo me sentía comprometida a quererlo porque me dio la vida y llevo su sangre. A su familia no podía verla, no a todos, pero si algunos de ya no son de su generación. Ahora no solo veo su lado oscuro, reconozco también las cosas buenas que me heredó. Como el buen gusto por las bellas artes, la literatura, aún conservo todos los libros que me regalaba cada cumpleaños. Le agradezco todas las vivencias que me permitió gozar y disfrutar a través de su empleo en el séptimo arte.

A mis padres, les doy las gracias por la confianza que siempre me tuvieron, por la libertad y la independencia que se vieron obligados a delegar en mí, porque eso me hizo más fuerte y más valiente en algunas cosas, más libre y sobre todo más habladora porque no puedo ni quiero callarme las ganas de gritar y decir todo lo que siento. Lo único que lamento actualmente es que mi padre toda la vida provocó que como hermanos estuviéramos peleándonos y estamos muy mal, aunque no dejemos de hablarnos somos orgullosos y pendejos porque cada quien tiene su necia razón y mamá no ha podido hacer nada por sanar esta situación.

Los años maravillosos.

No cabe duda, cada día me convengo más de que soy un ser de otro planeta, un ente extremadamente raro en esta sociedad. ¿Por qué lo digo?, por la simple y llana razón, de que no existe alguna palabra, que me evoque, provoque o signifique algo

en la vida. ¿Frases? si, algunas y ya he escrito sobre ellas. Llevo días tratando de que mi mente me lleve a algún lugar o momento especial, de la mano de un simple vocablo, hasta que de pronto llega a mi memoria una palabra que mencionaba con exageración uno de mis profesores en la preparatoria.

Era el año 1984, estábamos por concluir la educación media, elegí el área tres “económico administrativas”, porque mi mayor interés al ingresar a la UNAM era estudiar ciencias políticas y administración pública. En área tres, excepto por el detalle de cursar la materia de cálculo diferencial; mi vida en la UVM, campus Tlalpan era maravillosa, como lo fue desde el primer día en que me incorporé a ella. Otra de las materias en esta área, era geografía económica, su clase era muy interesante, el profesor, era economista. Explicaba bien, pero en honor a la verdad, yo traía atravesados a Marx, Engels, Lenin, Trotsky y toda esta corriente socialista. En ese tiempo me sentía más capitalista que el Vaticano completo. Entonces, el tema podría ser súper interesante e ilustrativo pero para mí, era un verdadero calvario. Y el catedrático que la impartía, era bastante serio.

Su hermano menor, Mario, nos impartía la materia de sociología a los alumnos de las áreas tres y cuatro. Ambos eran egresados de la UNAM, más jóvenes que todos los maestros que nos educaban. Los hermanos eran excelentes pedagogos, dominaban el tema, solo que eran tan distintos uno del otro. Jorge, por ejemplo vestía de manera muy formal, camisa y pantalón de vestir, no usaba saco ni corbata, pero su presencia lucía. Tenía el cabello corto, las uñas de las manos impolutas y al ras. Nunca sonreía ante un chiste o comentario chusco de cualquiera de nosotros.

Él no lo sabía, nos burlábamos de su persona porque siempre que estaba explicando su clase, al final de casi todos sus enunciados mencionaba la palabra ¿verdad?, en tono interrogativo. Se supone que el experto en la materia era él, ¿por qué carajos nos martirizaba con su eterno término?

Y en honor a la “verdad”; con su dichosa “palabrita” ya nos tenía hasta la coronilla, sin embargo no le decíamos, ni hacíamos nada al respecto porque él era el maestro, o sea, la máxima autoridad en el aula; además ya estábamos por egresar y a la mayoría nos urgía entrar a la universidad, así que aguantábamos vara

como se dice vulgarmente. Cuando lo veíamos aproximarse al salón, empezaban a discreción las burlas como: –Ahí viene el “verdad”,–¡Hay no!, ya nos vamos a atiborrar de “verdad”, comenzábamos a reírnos e implorar al cielo para que nos colmara de paciencia y no lo sacrificáramos vivo, total, su pecadillo no era para tanto. Solo la exuberancia de una palabra.

Con Mario, era otra historia, era sociólogo, su aspecto, era sencillo, semejante al de un hippie, (sin ofender), pero como impartía clases en una preparatoria privada, tenía que guardar ciertas apariencias. También era mucho más suave que su hermano, sin dejar que la disciplina se relajara en el grupo, (bueno, un poquito a veces, reconozco que yo si le hice ver su suerte en varias ocasiones). Sociología era mi materia favorita en el sexto grado, para esta materia en especial, yo si estudiaba. Me encantaba leer todo lo que Mario nos recomendaba. El primer libro que nos pidió leer fue: “Rebelión en la Granja” de George Orwell, hasta el día de hoy, uno de mis libros favoritos.

Así fuimos conociendo a través de él a varios autores como: Saint Simón, Augusto Comte, Aristóteles, Platón, Adán Smith entre muchos más y no le sigo porque no terminaría. La ocasión lo amerita, y por eso voy a escribir sobre este par de hermanos y la influencia y bellos recuerdos que dejaron en mi vida. Hace muchos años comencé a escribir mis memorias de la preparatoria, luego me casé y las postergué, y no las he terminado, hasta hoy día están en un cajón empolvándose, me quedé a principios de quinto grado. En parte me da mucho gusto, porque cuando inicie este proyecto, escribía de la patada, y ahora la vida me da la oportunidad de rehacerlas y las puedo enriquecer más.

Mario y Jorge fueron parte importante en nuestra formación, dejaron huella en la mayoría de sus alumnos y por supuesto fueron y son hasta la fecha, muy queridos y admirados por muchos de nosotros. No obstante que eran como dos gotas de agua (si pero, una aceite y la otra de agua, je, je, je, amo mi sarcasmo). Logramos integrarlos a nuestro relajó, obvio, fuera de clases. El profesor de sociología lo hizo de inmediato, el de geo-política no dio su brazo a torcer tan pronto. Además de todo, ambos eran mis vecinos, estaban solteros, eran hijos de familia y

vivían en Villa Coapa, en la misma unidad donde yo llegué con mi familia a los seis años.

La clase de sociología era la última, por lo que innumerables veces, Mario me daba ray hasta mi casa, platicábamos mucho, en realidad él no me llevaba muchos años. Cuando comencé a estudiar la prepa tenía días de haber cumplido los 19 y cuando entré al sexto grado ya tenía 21. Ellos andaban por los 26 y 29 aproximadamente. Para bien o para mal, siempre fui la principal organizadora de las huidas de clases para asistir: a la cineteca, a cenar tacos en Coyoacán, al cine, alguna vez los convencí de ir a tomar ceniza con tal de participar en la verbena de esta celebración eclesiástica, que se lleva a cabo en el exterior de las iglesias; donde unos aprovechan para vender sus antojitos y otros lo hacíamos para comerlos y disfrutarlos.

A veces me quedaba dentro del carro con Mario platicando un buen rato, sin algún otro interés por parte de ninguno. Recuerdo perfectamente que en ese tiempo, yo comía exageradamente; mi padre, que era el proveedor de la casa, se admiraba y siempre me decía que le salía más barato, comprarme un traje de china poblana que invitarme a comer, se asombraba de que les ganara a comer a mis dos hermanos varones. No es presunción, ni me siento apta para record guinness, simplemente ese era mi contexto a partir de que cumplí dieciséis años.

Una de las veces que platique con Mario, me habló de una película italiana, llamada “La gran comilona”; me dijo que cuando la pasaran en la cineteca me invitaría a verla, y que con ese hecho, seguro se me quitarían las ganas de comer en abundancia. Como Mario ya convivía mucho con nosotros, conocía mi debilidad por eso salió el comentario del film. Me hablo de la película, me prometió que después de verla, no volvería a comer de esa manera, por fortuna, nunca llegó la ocasión de ir a verla juntos. Muchos años después, la pasaron en canal once, una noche ya muy tarde, la empecé a ver, pero como no aguanto desvelarme mucho, no vi ni la mitad. Lo cual me alegro porque no tengo idea, si Mario tendría razón o no.

Sin embargo seguí comiendo como troglodita hasta llegar a las casi cuatro décadas de mi vida en que mi propio cuerpo, me suplicó bajarle a la cantidad de

ingesta alimenticia, y ahora ya no soy ni la sombra de lo que fui, ya no soy buena clienta para los buffetes en los restaurantes. Snif, snif, en este tipo de eventos de mi vida es donde si me siento anciana. Mis compañeros de la escuela, constantemente me hacían burla porque, por lo general, a las diez de la noche que terminaban las clases, íbamos a cenar quesadillas con doña Cuca, una señora que vivía enfrente de la UVM y que a partir de las siete de la noche, abría su zaguán y colocaba en su patio un anafre grande, una pequeña mesa con todos los guisados, las salsas, la masa y todo lo demás que requería para atender el puesto; al fondo ponía dos grandes mesas con bancos donde nos sentábamos a disfrutar sus deliciosas quecas.

No recuerdo con exactitud cuántas garnachas me comía, pero casi todas las noches que acudíamos, mi persona era el blanco de burlas porque, siempre le pedía a la señora un delicioso cafecito de olla, que solo ella sabía preparar muy bien con su canela y piloncillo, y que es hasta la fecha mi favorito. Cuando no tenía café me ofrecía refresco y yo le decía, – No gracias, el refresco me engorda. Mis compañeros se sorprendían y a coro exclamaban – ¿Engordas?, pero si ya te tragaste. . . no sé ¿doce, trece? I don't remember. La verdad es que no me gustaba beber soda porque el gas que contenía me inflamaba el estómago y entonces ya no podía comer más quecas y yo prefería hartarme de garnachas que de líquido.

Incluso en la oficina, mis compañeros me decían que tenía una pata hueca, porque de otra manera no se explicaban a dónde se me iba todo lo que me tragaba. Un día asistí a una reunión en casa de uno de ellos y me comí cuatro grandes platos de pozole, con sus tostadas, su guarnición de verduras y su respectiva porción de carne. Nadie lo podía creer. Me señalaban como a un bicho raro. “Ni aguantan nada” pensé. Mi padre y una tía que estaban en la misma reunión sentían pena ajena porque no querían que yo pareciera “hambreada”, alcé los hombros y dije: me vale lo que piensen. No me importó lo que cuchichearan, el pozole siempre ha sido uno de mis platos favoritos y no me cansaré de comerlo.

Con el profesor de sociología, logramos muy buena comunicación y nos acoplamos excelentemente. Lo sentíamos como al hermano mayor que había que seguir porque era la neta del planeta y todo lo sabía. A veces nos invitaba a eventos

que tenía en el colegio de bachilleres, plantel quince, donde también daba clases. Para finales de octubre, ya estábamos más que integrados con él y organizamos una salida a Mixquic para el día de muertos, ya que la mayoría, no habíamos vivido esta experiencia. No recuerdo como se dieron las cosas, pero Jorge también se sumó a la excursión.

El alumno Roberto Blancas, estaba en mi área, al igual que Adriana y Olga, mis dos mejores amigas en la prepa, ellas y yo nos llevábamos muy bien con Roberto, siempre andábamos los cuatro juntos en todos lados y nos decían “Las tres mosqueteras y D’artañan”. Él consiguió que su papá le prestara una gran camioneta de redilas de las que usaba en sus minas de arena, para que nos transportáramos todos durante el paseo, porque era más conveniente que llevar varios vehículos. A todos nos quedó muy claro que debíamos vestir ropa cómoda y llevar algo para taparnos durante la madrugada porque en esa zona el frío es más intenso.

Fue el primer y único paseo que realizamos juntos durante los tres años que convivimos en la prepa. Y es que los que sobrevivimos a los tres años del bachillerato, logramos desde los primeros días, una increíble y fabulosa unión que nos compenetró y nos hizo solidarios y empáticos. De los cuarenta alumnos que éramos en el grupo, 39 trabajábamos en las mañanas y por las tardes asistíamos a la UVM para hacer la preparatoria. Yo era de las más chicas entre las mujeres, pero en promedio la mayoría pasaba de los veinte años. Los maestros nos tenían ciertas consideraciones a los del turno vespertino porque sabían que trabajábamos y que además todos excepto Paco, el más pequeño del grupo, de apenas quince años, nos pagábamos la escuela.

Los recuerdos son invaluable, fue una experiencia muy emotiva y nos ayudó para consolidar aún más la gran amistad que fluyó durante esos tres años en donde casi todos fuimos desmesuradamente felices. De hecho invitamos a algunos de nuestros compañeros de las áreas uno y dos, la gran mayoría lo dudo porque no conocían a Mario y se lo perdieron. Algunos pocos como Marco Montaña, y los hermanos Adrián y Dany Medina, si aceptaron y no se arrepintieron. La visita a Mixquic estuvo maravillosa. Otro día la relataré porque merece su capítulo aparte.

La cita fue un día dos de noviembre, a las tres de la tarde, afuera de la escuela, recuerdo ver llegar al profesor Jorge, en su auto compacto. Ese día para variar y no perder la costumbre, lucía muy bien arreglado, como siempre que acudía a impartir clases, es decir; usaba camisa y pantalón de vestir, mis amigas dirían: “Antes muerto que sencillo”. No olvido su cara de asombro cuando se enteró y descubrió el vehículo donde nos trasladaríamos al tan anhelado viaje. Todos estábamos felices, reíamos, jugábamos, nos molestábamos, hacíamos lo mismo que todos los días en el campus universitario, solo que ese día estábamos más relajados. Él ni siquiera se sentaba, y apenas se agarraba de donde podía. Se aferraba a uno de los tubos donde ligeramente colocaba una mano como si se hubiera hecho manicure y no quisiera arruinarse las uñas, ja, ja, ja,ja.

Mis compañeros de las áreas uno, dos y cuatro que no lo conocían, se sacaron de onda con su comportamiento. Los de mi área, nos estábamos divirtiendo una vez más a costa de su persona. El viaje a Mixquic y la participación de Jorge merecen un capítulo aparte, aquí no hay mucho tiempo.

Quiero terminar mi participación de este ejercicio compartiendo los sucesos que ocurrieron entre Jorge y yo durante ese año en la preparatoria. La mera verdad es que todas y todos lo alucinábamos, no dábamos crédito como podía ser hermano de Mario si no tenían nada en común. Ya no recuerdo cómo llegamos a ello, pero de pronto una tarde Jorge me invitó al cine porque tenía mucho interés en que yo mirara una película francesa con Gerard Depardieu, titulada “La mujer de al lado”. Fuimos a un cine que estaba frente a los viveros de Coyoacán, desafortunadamente ya no recuerdo su nombre. Consiente estoy de que en esa época yo lloraba por todos los rincones del mundo, por mi amado Felipe, no tenía ojos para nadie ni para nada. Creo recordar que mi querido profesor, también quiso hacer su buena acción al pretender que reflexionara ante la trama de esta excelente película, sin embargo sus esfuerzos fracasaron.

Otro día me invitó a cenar al restaurante bar en Coyoacán, cerca de la plaza la Conchita, denominado en ese tiempo El Ex Convento, fue una velada muy agradable, cena rica, vinito y todo excelentemente acompañado por un pianista que amenizaba y daba un toque muy romántico al lugar y a la noche. Estos eventos no

se los platique más que a mi amiga Olga, bajo amenaza de que no le contara a nadie más del grupo, pues me daba pena que supieran que yo simpatizaba y salía con “el verdad?”

Así termina un capítulo interesante durante esta etapa tan feliz de mi vida, hay mucho más con Mario también tengo anécdotas increíbles, todo esto quedará en el escrito de la prepa. Pero no quise que pasara desapercibida la persona que con una palabra en exceso, me hizo vivir cosas increíbles.

Sobresaltos

Me ha costado mucho comenzar este ejercicio, por distintas circunstancias que me mantuvieron ocupada y preocupada, luego me resfrié y hoy domingo, me decido por fin a retomar el compromiso conmigo misma. Mi vida sentimental ha sido muy mediocre, siempre he estado dando tumbos sin rumbo fijo y lo más lamentable es que apenas, a estas alturas de mi vida, cuando ya estoy ingresando al ocaso, o quizá ya esté en el invierno de mi existencia, estoy aprendiendo a vivir, voy paso a pasito.

Mi primera relación con un niño del sexo opuesto, fue a los cuatro años, cuando ingresé al kínder, Mario, fuimos novios durante los dos años que duró la educación preescolar. Siempre andábamos de la mano y todo el recreo la pasábamos juntos, no jugábamos ni nos juntábamos con los otros niños. Teníamos una compañera que me molestaba mucho, Rosalinda, no estoy segura, a lo mejor nuestra relación o mi persona le generaba alguna envidia. Lo único indudable es que yo, desde esos primeros años de mi vida, ya tenía muy claro que “siempre debía estar en pareja”.

A los seis años entré a la primaria, pero como nos mudamos de casa, ingresé a la nueva escuela dos meses y medio después y fue incómodo y desgastante para mí porque, por principio de cuentas, no me gustó el nuevo colegio. El espacio físico era muy pequeño comparado con el plantel al que estuve asistiendo en la colonia Tacuba. La mayoría de los niños de mi salón me miraban como si fuese un bicho

raro, las niñas se hablaban en secreto en mi presencia y me hacían el clásico barrido. Sentía horrible que nadie me llamaba por mi nombre, todos me denominaban “la nueva”.

Me sentía desesperada, quería salir corriendo y regresar a mi antigua casa, les pedía a mis papás que volviéramos a Tacuba porque no me gustaba esa escuela ni la casa nueva. A raíz de los cambios tan drásticos en mi corta vida, comencé a adelgazar mucho y mi aspecto era muy similar al de la cenicienta de un episodio de la caricatura “La Pantera Rosa”.

De pronto mi vida dio un giro inesperado y fue como de cuento, apareció un príncipe, para rescatar a la cenicienta asustada, escuálida y desgredada; al que no le importó que yo estuviera flaca y fea. Fue el primero que me habló y se dedicó a cuidarme y protegerme de los demás niños. Era tan galante y caballero, se llamaba Germán. Lo curioso es que su casa estaba precisamente enfrente de la escuela, solo tenía que bajar del edificio donde vivía, porque su departamento estaba ubicado en el último piso, atravesar una pequeña plancha de cemento y listo.

En ese tiempo, la mayoría de los niños, marchábamos solos a la primaria. El apartamento donde nos habíamos mudado, estaba a cuadra y media de la escuela. Germán, iba a recogerme todos los días a mi casa para llegar juntos a la primaria y a la salida siempre me acompañaba a casa. A nuestras madres les hacía mucha gracia ver lo que sucedía con nosotros; estaban tranquilas de saber que nos llevábamos bien, nos entendíamos y éramos muy unidos. No sé si éramos novios o eso suponíamos, no recuerdo que lo mencionáramos.

Con Mario por ejemplo; siempre lo estábamos diciendo a toda la gente. A mi familia le causaba gracia, que tan pequeña ya tuviera un novio, mis papás sabían que solo me juntaba con él y que siempre nos tomábamos de la mano y nunca me regañaron, a Mario únicamente lo veía en el kínder.

A Germán en cambio, algunas tardes iba a mi casa, jugábamos juntos, hacíamos la tarea, comía en mi vivienda y algunas veces yo en la suya. Este idilio o lo que sea que haya sido, duro tres años, de primero a tercero en la primaria. Cuando pasamos a cuarto: la vida, la escuela, las circunstancias, o lo que haya sido, nos jugó una mala broma al cambiarnos de grupo. Ahora con lo mal pensada que

siempre he sido, puedo darme cuenta que quizá alguna de nuestras progenitoras busco el cambio, o la directora, o las maestras, o alguien que juzgó que nuestra amistad no era sana ni estaba bien encaminada.

Tal vez no fue así, no lo sé, pero a mí me pasaron a fastidiar la vida, porque mi relación con él no volvió a ser la misma nunca más. Se alejó de repente y por completo de mí, me dejó de hablar, ni siquiera en los cursos de verano me volvió a hacer caso, siempre hasta en las vacaciones habíamos estado juntos.

Me dolió mucho que me diera la espalda, que me abandonara de un momento a otro. Fue entonces cuando en mi vida todo se volvió más negro que la noche, el abuso por parte de otros niños a mi persona, se convirtió en el pan de cada día. Yo sufría doblemente porque extrañaba a Germán y porque me sentía sola y desvalida ante los demás. En ese año me tocó la peor maestra de la primaria. Para colmo reprobé, (según ella) se llamaba Leonor y yo la odié, porque fue el primer adulto, después de mi papá, que me jodió la vida.

A los nueve años, conocí lo que era el infierno y todo lo que me ocurría en la primaria y en mi vida personal, se soldaba con lo que pasaba en casa, es decir, en el aspecto religioso, con todo ese nefasto capítulo del culto, el catolicismo, los preparativos para mi primera comunión y las desdichadas intervenciones de mi tía materna desertora del convento. Así que a punto de llegar a la primera década de mi existencia; no deseaba más que morirme.

Entre los nueve y diez años, emprendí experiencias muy fuertes y dolorosas que me rebasaban. Para ese tiempo ya tenía cinco hermanitos más. La violencia en casa continuaba, solo se había transformado un poco, de física a psicológica y emocional para mi mami, los golpes ya eran menos y muy esporádicos. Para nosotros los porrazos de mi padre, eran más recurrentes, los insultos y la descalificación ya habían conseguido que mi autoestima desertara de mí ser.

En esa época me convertí en una niña, reservada, contenida y frustrada. No podía llorar aunque lo deseaba con toda el alma, porque a mi padre no le gustaban los dramas, cuando nos pasaba algo a cualquiera de nosotros y llorábamos, nos decía que nos calláramos, que no hiciéramos escenas como las de Libertad Lamarque; y la cosa se ponía peor si los que lloraban eran mis hermanos varones.

No me gustaba que la hermana de mi mamá viviera con nosotros, mucho menos que nos manejara a su antojo y que aun siendo niños nos impusieran cosas que no nos agradaban. Además de forzarnos, ella y mi padre nos martirizaban con abuso psicológico en favor del clero. Pasábamos la mayor parte del tiempo libre metidos en la iglesia rezando y ofreciendo flores.

No podíamos reclamar nada porque si lo hacíamos, nos castigaban y pegaban por irreverentes y pecadores. Creo que gracias a mi tía que en paz descansa, concebí un odio desmedido hacía las monjas. Tras la pérdida de Germán, no volví a tener acercamiento alguno con ningún niño, mucho menos tener novio, hasta muchos años después, en que mis hormonas ya se manifestaban inquietas. Mi aspecto no se había transformado en lo absoluto, tenía catorce años y mi cuerpo se resistía a desarrollarse, era baja de estatura, extremadamente delgada.

Mi abundante cabellera no modificaba su look bajo ninguna circunstancia y continuaba distanciada de los cepillos y peines. La menstruación ni siquiera daba señales de querer aparecer. Una reciente y pérfida conducta de mi padre me hacía estar más enojada con él. Porque al perder uno de sus empleos, comenzó a beber demasiado, y en poco tiempo se adjuntó a las filas de los alcohólicos. En ese periodo de mi vida, nuevamente llegaron cambios y circunstancias adversas que tenía que sortear. Sin embargo hubo un rayo de esperanza cuando se presentó la oportunidad de ir de campamento a Pátzcuaro, Michoacán, con los Scouts.

En tierra tarasca conocí a un niño del grupo local, que tras un breve encuentro en un paseo, nos hicimos novios. Se llamaba Armando, tenía mi misma edad, pero él era muy alto, delgado, moreno claro, ojos grandes y cafés, definitivamente fue quien marcó el tipo de hombre que me gustaría por siempre. Fue el primer niño que me besó y abrazó, logró que mi alma se elevara hasta el cielo, abrazara a mi amada luna y regresara para quedarse en un estado de enajenación muy grande.

Fue además el primer hombrecito en el que noté ese contraste entre su vida y la mía. Él era hijo del médico más prestigiado del pueblo, del señor más acaudalado, reconocido y querido por toda la gente en Pátzcuaro. Armando vivía en una hacienda rodeada de hermosos y grandes jardines, con huerta, tenían mucha servidumbre a su disposición. Una gran caballeriza con hermosos ejemplares

hípicos. Tenía dos hermanos mayores que él, su mamá había fallecido pocos meses antes de nuestro encuentro.

Era la otra cara de la moneda, y el antagonismo de circunstancias estaba marcadísimo. Yo primogénita, con cinco hermanos, pertenecíamos a la clase media, mi madre ya no lograba conseguir ayuda domestica tan fácilmente. Vivía en la capital del país y mi novio en un maravilloso pueblo que me enamoró desde que lo conocí. Fue un amor fugaz, nunca más nos volvimos a ver, ni a escribir ni nada. Los primeros días que regresamos del campamento, me sentía muy mal al notar que Armando jamás demostró interés por saber de mí. Nunca me escribió, ni me llamó.

Cuando me preguntaban si alguna vez había tenido novio, me avergonzaba de esa breve experiencia y prefería negar el hecho por temor a sentirme fracasada y burlada por un junior acostumbrado a tomar en el momento todo lo que se le antojaba. No obstante, (este noviazgo, si así se le puede llamar) no prosperó, todo lo que viví y experimenté en Michoacán, me cambió la perspectiva de vida para bien. De este primer acercamiento físico con un adolescente, no puedo escribir nada sobre un diferencia emocional o sentimental, fue tan efímero que no dio tiempo de conocernos realmente. Lo que si tengo muy claro y preciso es que ese campamento me marco para bien eternamente, me mostró un mundo completamente ajeno a todo lo que yo conocía y terminé amando ese sitio.

No obstante que el machista de mi padre, siempre nos decía a mis hermanas y a mí que las princesas no existían, que esos eran cuentos y que nada era verdad. La ilusa e incrédula de mí, no le hice caso y me compré la historia completita de que existen los príncipes azules y llegan al rescate de la hermosa campesina pobre, para casarse con ella y ser muy felices por siempre. Upss, así o más PENDEJA.

Dos años después, conocí al hombre que me marcaría de por vida, aquel con el que tendría una inexplicable y fantástica conexión. Felipe, al que yo maltrataría y humillaría hasta el cansancio. Hasta lograr que se exasperara, despertara de su letargo y se alejara de mí por su propio bien. He aquí que la diferencia en nuestra forma de ser, de pensar y de sentir era abismal. Felipe sin lugar a dudas, es el amor de mi vida, el hombre con quién me hubiera gustado compartir toda mi existencia.

A esa edad, ya estaba muy dañada emocionalmente y volqué en este ser maravilloso, todo mi desprecio hacia los hombres, hacia los borrachos. Mientras más interés mostraba por mí, yo lo maltrataba más de todas las maneras posibles. Desde un principio me manifesté a la defensiva, lo peor es que no había motivo aparente. Mi comportamiento para con su persona era como un acto de decirle: “A mí no me vas a pegar, conmigo te topaste en pared, no ha nacido quien me pegue”, etcétera.

La verdad es que para esa época había dejado de ser tan ilusa y el solo pensar en relacionarme con alguien del sexo opuesto, me provocaba un miedo atroz y descomunal. El simple hecho de imaginar una relación sexual con él o con cualquier hombre, me aterraba. La única tajada de educación sexual que tenía hasta ese momento, era una plática que nos habían dado en sexto de primaria, en términos muy básicos y de manera muy somera, sobre la reproducción sexual y la menstruación.

Felipe tenía muchas broncas en casa, su padre también era adorador de Dionisio y en un grado mayor a mi papá. Mi pretendiente también tomaba los fines de semana con sus cuates y tenía que esconderse de mí, porque sabía que yo odiaba a todo aquel que tuviera un acercamiento con el alcohol, por mínimo que fuera. Mi amado, al igual que yo, estaba madreadísimo emocionalmente. Actualmente me avergüenza reconocerlo; yo lo golpeaba, insultaba, sobajaba, ridiculizaba y él pacientemente aguantaba con la expectativa de ganarse mi corazón o que yo me decidiera a ser una más de las chicas con quien pudiera ejercer su sexualidad. Yo era virgen, él ya había tenido muchas experiencias sexuales con demasiadas mujeres para su corta edad.

Era un año mayor que yo, pero empezó muy chico, debido a que tenía un hermano mayor y amigos que lo habían empujado a conocer el mundo sexual a temprana edad. Yo era muy sociable y vaga, me gustaba visitar y conocer distintos lugares, mientras que él quería estar tranquilo en un solo lugar, mirando televisión o degustando una rica botana acompañada de unos tragos. Era un excelente bailarín, nunca le faltaban fiestas a las que procuraba acudir.

Yo odiaba las reuniones porque nunca me ha gustado bailar, no lo sé hacer y no soporto hasta hoy día a las personas ebrias. Yo no me esforzaba en complacerlo en nada, mientras que él no sabía ni como tenerme contenta. Lo que me regalaba si no era de mi agrado, se lo aventaba en la cara, o le decía que era corriente o estaba naco. Su familia me odia hasta la fecha, no soy persona grata para ninguno de ellos, porque saben muy bien que a pesar de todo lo que vivimos en nuestra adolescencia Felipe y yo, no obstante que fastidiamos la relación y no acabamos juntos, nos amamos y lo seguiremos haciendo hasta más allá de la eternidad.

Hay una conexión tan grande que solo nosotros sentimos y comprendemos. Aparentemente nos dimos por vencidos al ver que por más que lo intentamos una y otra y muchísimas veces, nuestra relación en este tiempo y lugar estaba destinada al fracaso. Muchas personas se interpusieron, no soportaron vernos felices en las escasas temporadas que lo fuimos. De algo si estamos seguros, nuestras almas quedaron tatuadas en la del otro, nuestra relación se convirtió en un estigma imborrable.

Actualmente Felipe goza de un buen nivel económico, se convirtió en un sacerdote santero y tiene uno de los más altos rangos. Yo soy agnóstica, escéptica, indómita y para colmo de males, mi situación económica está más estropeada que nunca, estoy segura de que, si mi gran amor se enterara de esto me ayudaría, sin embargo conoce mi modo de pensar, sabe de sobra que me da miedo en lo que anda metido y mejor procura mantenerse alejado, por el bien de ambos.

Fueron tres años de un estira y afloja de una relación desgastante y aciaga. Sufrí mucho cuando se cansó de mis abusos y me cortó, a los pocos meses se casó por meterse con una menor de edad, él ya tenía 21 y ella 17. Intenté evitar la boda y por azares del destino fracasé. A partir de que di por hecho que perdía para siempre a Felipe, me entregue a la tarea de jugar con relaciones efímeras. El primer incauto fue un chico tres años menor que yo, al que llamaban Chema.

Lo conocí en el festejo de cumpleaños de una prima. Era muy atractivo, no entendía porque me llamaba la atención si físicamente no era mi prototipo, si era alto y delgado, pero era blanco con cabello rubio y con todo respeto a mis los güeros

no se me dan. Siempre me he burlado diciendo que están crudos, que les faltó cocimiento. Poco a poco fui entendiendo que lo que yo buscaba era olvidarme de Felipe a toda costa, no importaba el ¿quién? tanto como el ¿cómo? Chema me trataba súper bien, “le echaba ganitas” como diría mi hija actualmente. Me gustaba salir con él porque tenía automóvil propio, dinero, era hijo de un empresario, dueño del famoso restaurante “La Fonda del Recuerdo”, ubicado en la Anzures, hasta la fecha mi restaurant favorito.

Chema trabajaba y estudiaba igual que yo, por eso solo nos veíamos los fines de semana. Mi contraste con Chema, en lo material, era muy similar a lo ocurrido con Armando, otro punto a mi favor y que utilicé muy bien, fue la edad, era dócil, cariñoso, atento, dadivoso e inteligente. Creo que fue el primer hombre perspicaz con el que me tope en mi vida. El noviazgo no duró mucho por complicaciones de tiempos y horarios. Debo reconocer, que los besos que él me daba, han sido los mejores de mi vida. Eran besos dulces, cálidos, pausados, con el arte de la perfección mezclada con seducción, y el tiempo perfecto para no caer en un largo y mediocre beso, solo por besar. En ninguna otra boca, sentí lo mismo, gocé lo mismo. Los besos de Chema tenían sabor, color y fantasía.

Y así mientras mi amorcito jugaba a la casita con su esposita, yo quería jugar a la mujer fatal, llenarme de amores, olvidarlo y perderle el miedo a hacer el amor. Fue cuando apareció mi siguiente víctima, Sheik, un guaperrimo paquistaní, que estudiaba la carrera de ingeniero petrolero en Houston, Texas y durante unas vacaciones al D.F. mi hermana y una amiga los conocieron a él y dos más de sus amigos y compatriotas, como ellas no hablaban inglés, me pidieron que fuera a auxiliarlas. Yo aún no dominaba la lengua de Shakespeare muy bien, le hice la lucha, logramos comunicarnos y cada una se ligó a un musulmán.

Yo estaba encantada, porque mis novios después de Felipe, tenían dinero, precisamente, el factor que no se apareció entre nosotros y por el cual yo lo maltrataba. Ahora con el nuevo galán, me podía dar vida de reina porque cuando estaba en México no nos complicábamos con los horarios. Yo únicamente acudía al trabajo y por ser vacaciones de la escuela, tenía las tardes libres y los fines de semana completos para pasear por mi amada ciudad, muy bien acompañada y con

todo pagado y causando envidias femeninas por todos lados. Sheik, si tomaba las cosas en serio porque cuando regresaba a Estados Unidos, siempre me escribía o mandaba tarjetas según la ocasión, lo conocieron en mi casa, obvio solo mi madre supo que él y Andreú eran nuestros novios, de Claudia y mío, a mi papá solo le dijimos que eran amigos. Era relajante salir con permiso previo.

Mi relación anterior con Chema había sido clandestina para mis padres y ese fue uno de los motivos por lo que terminamos, él quería entrar a mi casa, solicitar el permiso para visitarme y poder salir conmigo. Lo evité a toda costa, porque me daba pena que se diera cuenta que mi padre era alcohólico, pues era en fines de semana cuando adoraba a Dionisio y eran los días que yo me reunía con Chema. Con Felipe no me daba pena esta situación porque entendía o al menos conocía perfectamente lo que era tener un padre alcohólico, porque su papá tomaba todos los días.

En unas vacaciones que vino Sheik, hablo conmigo y me dijo que ya había terminado su carrera y que se regresaba a vivir a su país con su familia. Me preguntó si me quería casar con él y que si estaba dispuesta a dejar mi vida occidental para convertirme en mujer de un musulmán, renunciar a todas mis creencias y costumbres por las de él. Le agradezco su sinceridad ya que cerró su discurso diciéndome que no sería la única esposa que tendría allá. Que sus costumbres eran otras y yo no disfrutaría de atención personalizada.

No me dolieron sus palabras, me caía, muy bien, me encantaba salir con él, es del único ex que guardo fotografías porque siempre la pase divinamente con él, si lo extrañe, guardo un hermoso recuerdo de él en mi corazón. Lo cual me dio la confianza absoluta para decirle que, lo quería mucho pero no lo amaba lo suficiente para renunciar a mi vida y seguirlo, terminamos en buenos términos, nos deseamos mucha suerte, dimos vuelta a la página y nunca más volvimos a saber uno de otro.

Después llegó Jesús, con este bombón me pasó lo que con nadie, fue un amor a primera vista, la química se desbordó hasta más allá del planeta y sus alrededores. A los dos días de habernos embobado y entusiasmado mutuamente me pidió comenzar una relación con él, la más corta de mi vida, 45 días. Nos gustábamos mucho, nos deseábamos pero éramos tan opuestos, en ese tiempo yo aún estaba cobijada por el catolicismo y era catequista, él ateo, hablábamos mucho

sobre política y otros temas, nos encantaba estar juntos y tener una seductora charla, él era de izquierda y a mí me hacía ojitos el capitalismo, él estudiaba en la UNAM y yo en una preparatoria privada que yo misma me costeaba.

Lo único que teníamos en común era la edad, 19 años, Jesús era ariano y yo leo, nos gustaba la buena vida, vivir bien, pero en esa época los dos vivíamos al día. Lo que hizo que decidiéramos terminar, fue el factor del sexo. Nunca me obligó pero si era su principal expectativa conmigo, quería que tuviéramos relaciones. No me avergüenza decir que yo seguía siendo virgen y al parecer eso no le agradaba, lo peor es que no me lo creía. Él había tenido una hija, de pocos meses de nacida, con su ex novia, ya no había nada entre ellos pero las visitaba cada domingo y tenía que hacerse cargo de la manutención de la pequeña Paty.

Me dolió terminar con él, fue al primer chavo que le lloré, pero me sirvió mucho, me di cuenta de que si existían los novios que solo buscaban tener relaciones. Me impresione, no daba crédito, todo lo poco que viví con él, ocurrió tan rápido como en una película de dos horas, sin final feliz. Valoré y atesoré mis dos relaciones anteriores, Chema y Sheik, con quienes nunca tuve que pasar por una situación tan desgastante hablando en el terreno de lo emocional.

Así estaban las cosas, cuando estaba a punto de cumplir dos décadas de mi vida, yo seguía amando y sufriendo por Felipe, conocí a Arturo, me casé por despecho, seguí con Felipe, unas veces sí, otras no, a los 23 años dejé de ser virgen con Arturo y algunos años después de casada, me convertí en amante de Felipe. Los primeros años de mi matrimonio, estuvieron caóticos, con sentimientos encontrados. Este fallido matrimonio ha sido durante 27 años, el equivalente a un viaje en la montaña rusa, y gracias a que traigo cinturón de seguridad y me aferro con uñas y dientes a mi compañero, no he salido volando para estrellarme en el pavimento y morir de una vez.

Después llegó César, con el que rompí relaciones hace casi 18 meses, eso es otra historia, en estos momentos me siento fatal, el dolor del alma, mi llanto no me permiten ver ni plasmar más nada por hoy. Sin embargo terminaré de pulir, alimentar y contar la historia de mis contrastes amorosos para la posteridad. Arturo,

César y Felipe, han sido relaciones más largas y profundas en mi vida, son los únicos tres varones con quienes he intercambiado experiencias sexuales.

Siempre contenida, asustada, no estoy segura de conocer lo que es un orgasmo, pero hoy no deseo hablar ni escarbar más en mi interior, ya que estas cicatrices si duelen.

Me doy con todo, hasta con mi pesado ego

Tras horas y horas tratando de escribir que podría considerar mi ofrenda para la humanidad, para el entorno que me rodea, para mis amores, que se engloban en mi familia, familiares, amigos, pasiones, etcétera. Llego a la conclusión de que ofrendo con mucho amor, todo lo que soy y lo que tengo, con mis aciertos y errores, con mis altas y bajas. Con mi ignorancia, arrogancia y más que nada de la mano de mi enorme ego; quién a lo largo de mi vida, no ha hecho otra cosa que ponerme el pie una y otra vez. Pareciera que mi fastidioso ego, se divierte y goza incansablemente con mi ser para dejarme en mal con los demás.

Sin embargo, esto es lo que soy, lo que tengo y lo que ofrezco.

Cuando me casé, no tenía la menor idea del mundo tan ríspido que me esperaba. Lo único que tenía bien claro, es que lo estaba haciendo despechada. Me había creído también la historia de que un príncipe vendría a salvarme y viviríamos felices para siempre. Ahhhh, que terrible. Sin darme cuenta, la primera ofrenda que hice fue sacar adelante a tres niños que no eran míos, habían sido abandonados por su madre, que era una completa egoísta, irresponsable, inmoral, alcohólica y que lo único que buscaba era deshacerse de ellos porque le estorbaban y a la par fastidiar a su ex marido y a su nueva mujer.

Este ser tan despreciable, me hizo la vida de cuadritos, durante los primeros años de mi matrimonio, no se conformaba con haberse quitado la carga de encima, sino que no aguantaba vernos "felices" porque buscaba la forma de fastidiarnos a más no poder. Fueron varios años que nos costó zafarnos de su odiosa presencia. El día que ella ya no quiso recibir más a sus hijos, tras haber pasado el fin de semana con su padre como era el acuerdo; Arturo los dejó parados en la calle y

salió corriendo a platicarme lo que estaba pasando y me preguntó si podíamos recibirlos en casa y que se quedaran con nosotros.

Yo estaba más que asombrada, no daba crédito que una madre se deshiciera de sus hijos como si fueran objetos que ya no sirven y se tiran a la basura. Cabe mencionar que me ganó el corazón de pollo que tengo y acepté, a la vez que ilusamente creí que a más tardar a los quince días esta aciaga mujer, se arrepentiría y los reclamaría. Ja, ja, ja, ja, que buen chiste me conté yo sola, pero tuvieron que pasar muchas cosas y muchos años para darme cuenta que era una mala broma de la vida.

Los niños crecieron bajo nuestro cuidado y protección y hoy día que ya son adultos, han reconocido que fue lo mejor que les pudo pasar. Fue muy difícil para todos, acoplarnos a la nueva familia que creció de la noche a la mañana. Arturo y yo habíamos acordado no embarazarnos pronto para disfrutar el matrimonio y yo solo quería un par de hijos como máximo. Me di cuenta que mi suegra, tal vez ante la situación que vivíamos, le aconsejaba a su hijo que no tuviera más descendencia.

Él, como buen hijo, nos daba el avión a ambas, a mí con que sí y a ella con que no. Los dos hijos mayores de mi esposo, me hicieron ver mi suerte, ya que muy a mi pesar, seguían frecuentando a la madre, por consejo de su padre. Cuando caí en cuenta de que ella nunca los reclamaría de regreso, le insistí repetidas veces a él, que la denunciáramos ante el DIF y nunca quiso hacer nada al respecto. Entonces, yo le pedía que no la vieran más porque no daba buenos ejemplos a sus hijos.

El día que ella decidió no seguir cuidándolos, se lo dijo claramente al padre de los niños, y lo peor, delante de ellos, pequeños de 4, 7 y 10 años. Le dijo que ya no los quería porque le estorbaban y no le dejaban hacer su vida. Era asidua a meter varios hombres en su casa y ponerse a tomar con ellos. Luego se pudo a vivir con un señor que le doblaba la edad y se embarazo otras tres veces más, un pequeño falleció a los seis meses de nacido y los otros dos se quedaron con ellos, gracias a que estaba el padre presente; que si no, hasta con esos hubiéramos cargado.

Lamentablemente para estos pequeñitos, su papá falleció cuando ellos estaban muy chiquitos y se quedaron con su madre que retomó las practicas anti éticas que tanto le agradaban.

Yo tomaba pastillas anticonceptivas desde que me casé para no embarazarme pronto. Pero ya estaba próxima a cumplir las tres décadas y decidí meterle gol a mi esposo, el constantemente me preguntaba si me tomaba las pastillas y yo le decía que sí. Dejé de tomarlas y todavía pasaron varios meses antes de embarazarme. Finalmente cuatro años después, a mis casi 29 años, me embaracé; nació mi única hija, mi adoración. Los niños la aceptaron gustosos, solo la más pequeña de ellos, seis años mayor que mi hija, y que ha sido la única que me llama mamá y me ha reconocido toda la vida como a la única madre que tiene, fue quien se sintió celosa ante la llegada de mi pequeña.

Arturo se sorprendió ante la noticia de que sería padre, quizá por la presión de su mamá, sin embargo se puso muy feliz. Aunque a él le hubiera gustado más tener un varón, porque solo el mayor de sus hijos era niño y las dos que seguían eran niñas.

Al año y medio de casada, me liquidaron de donde estaba trabajando y quizá esto fue lo que detonó el que esta mujer, nos heredara su responsabilidad. Dejé de trabajar varios años para convertirme en madre y ama de casa, me sentía frustrada y fracasada como mujer. Tanto estudiar para terminar en la cocina y el mercado pensando que hacer de comer día tras día. Francamente no era lo mío, además de que yo no sabía ni hervir agua sin que se me quemara.

Comencé a odiar a mi adversaria, mientras ella se daba la vida disoluta que tanto deseaba, yo haciendo su chamba y encima de todo. Cuando veía a sus hijos, los mal aconsejaba y me los regresaba muy groseros. Mi esposo, se negaba a darse cuenta de la realidad, siempre la estaba disculpando, él se sentía y hasta la fecha se siente culpable de haberse divorciado, porque siente que les falló a sus hijos.

Nunca antes había tocado este tema, muchos años me avergonzaba que la gente conociera mi historia, no por los niños, ni por Arturo, él es un hombre, de buenos sentimientos, de buena familia, guapo, desafortunadamente, es extremadamente macho. Me apenaba por mí, porque a mi ego no le convenía que

lo dejara en mal ante toda la gente, mi familia, mis amigos, la gente que iba conociendo, etcétera.

Han pasado veintiocho años de que me casé los acabamos de cumplir hace un par de días. 26 años y medio de que los niños fueron arrojados a la calle y arrojados por nosotros. A unas semanas de que se cumplan cuatro años de que se fue la última, mi hija, de que conocimos la experiencia del nido vacío. Si los educamos bien o mal, eso no está a discusión, los sacamos adelante contra todo y contra todos. Con los años ellos se dieron cuenta que clase de persona es su madre en realidad, decidieron alejarse, sin embargo; dos de ellos cuando los busca, van a verla, pero ya no le creen nada, solo le dan por su lado.

Ella es casi dos años mayor que yo, sin embargo, la vida ya comenzó a cobrarle factura en muchos aspectos, en lo físico, está muy enferma, chimuela, se está quedando calva y se está secando. No obstante haber sido una mujer muy hermosa, exteriormente, no dimensionó que ese tipo de belleza se acaba y que la que realmente importa y tiene más valía, es la belleza interior.

Por fortuna dejé de verlas hace más de veinte años, dicen que da lástima, yo la perdoné hace muchos años. Por supuesto que no fue nada fácil, hasta que fui aprendiendo a quererme y no permitir a los demás que me amargaran la existencia, fue como pude avanzar, no le deseo ningún mal, solo estoy clara que de este mundo nadie nos vamos sin pagar todo lo que debemos.

Mis papás, mis hermanos, llegaron a encariñarse con los niños, son parte de su familia, mi padres fueron como sus abuelos. Los primeros años de casada, mi papá no me bajaba de pendeja, mi madre me veía como con compasión pero no me reprochaba nada, solo me decía que no me encariñara con ellos, porque en cualquier momento su mamá podría arrepentirse y llevárselos. Que equivocados estuvimos todos en cuanto a este pronóstico.

Quizá los niños también lo manejaban como expectativa, una que nunca llegó y hoy día, en que cada uno tomó su camino, formaron sus familias, ya sería demasiado tarde. Sin ser mamá de ellos, me tocó ayudarlos a terminar la primaria, a que hicieran la primera comunión, yo les elegí los padrinos, las escuelas, la ropa, lo que comerían, conmigo tuvieron paseos, viajes, una vida familiar que quizá no

hubieran conocido de quedarse con su progenitora. También tienen a su favor, el entorno, ella ha vivido toda su existencia en Tepito, no tengo nada en contra del rumbo, pero los mismos niños, adultos hoy, reconocen que si se hubieran quedado en ese rumbo, serían o drogadictos o prostitutas.

Nosotros los llevamos a vivir a Villa Coapa, otra gente, otro ambiente, mi hija y la mayor de las niñas, quisieron seguir estudiando y terminar una carrera, los otros dos terminaron hasta la secundaria, ni hablar fue decisión propia, sin embargo están felices con quien están, con lo que hacen y con lo que tienen. Ahora no solo tengo tres nietos hermosos de mi hija adoptiva, sino que también somos bisabuelos, ya que el hijo mayor de Arturo hace casi un año se convirtió en abuelo.

Así que lo único que tengo y deseo ofrendar es mí ser entero, con todo lo que soy y como soy, quiero estar para mis hermanos, sobrinos, madre, hijos, nietos, amigos, escritura, lectura, cine y viajes, porque pienso hacer muchos, viajes.